

# CUENIT

*sociología —  
ciencia — literatura*

## Sumario

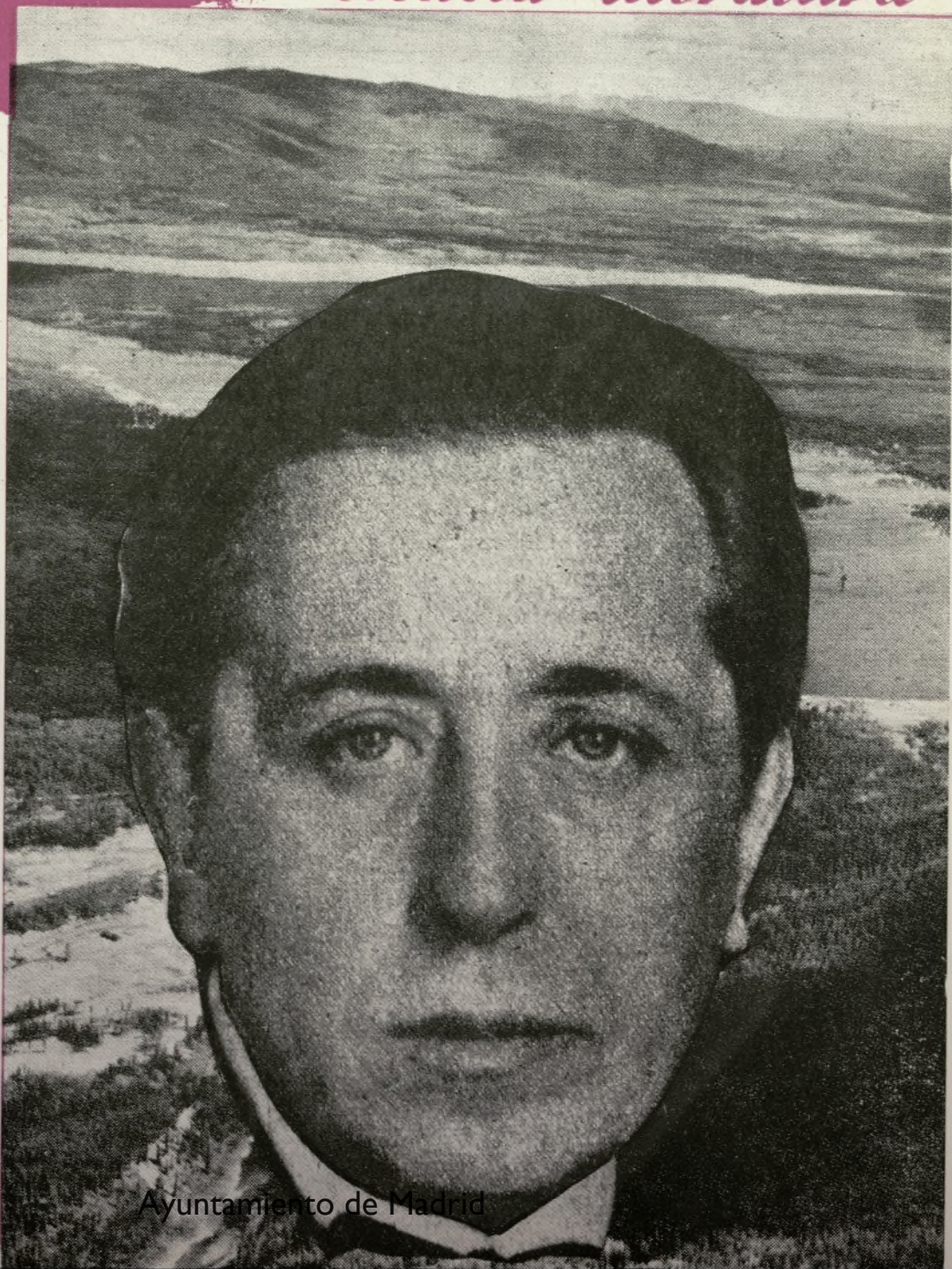
**Benito Milla:** El individuo y las masas.—**Hector:** ¿Anarquismo y política?—**Eugen Relgis:** La cultura y la guerra. La agonia de una civilización.—**Puyol:** Lo religioso de Cervantes.—**Erri-co Malatesta:** Antifascismo o anarquismo.—**Mariano Viñuales:** La vida y los libros. «Zarabanda franquista».—**José Peirats:** «Las aguas del Atlántico».—**Alberto Carsí:** Ensayo. Polvareda cósmica. — **Angel Samblancat:** Proscripción inmerita. — **E. Armand:** De esto hace 45 años.—**Oreste Quesada:** Informe sobre el informe Kinsey.—**Ugo Fedeli:** Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana.—**Ricardo Mella:** Ideario. (Folle-tón encuadernable).

OCTUBRE  
1954

# 46

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.



Ayuntamiento de Madrid



## NUESTRA PORTADA

# GABRIEL MIRO

Uno de los primeros novelistas españoles, de estilo personal inconfundible. Se dió a conocer con una novela breve: «Nómada», publicada en «El Cuento Semanal» y que le valió el primer premio en el concurso organizado por dicha revista literaria. En 1925 se le otorgó el premio «Mariano de Cavia», instituido para el mejor artículo publicado en la prensa española durante el año. Ha escrito, entre otras obras meritorias, «La novela de un amigo», «Las cerezas del cementerio», «El abuelo del rey», «Dentro del mercado», «El libro de amores», «El humo dormido», «Niño y grande», «Figuras de la pasión», «Nuestro padre San Daniel», «El obispo leproso», «Años y leguas», «Del vivir», etc. Nació en Alicante y murió en Madrid. (1879-1930).

Anhelaba Miró captar lo que de esencial tiene el paisaje en el mismo momento de darse los sentidos, puesto que, según él, «el paisaje no se repite nunca». En «Del vivir» el elocuente poder mágico, descriptivo, naturalista y poético de la prosa mironiana alcanza un altísimo grado de perfección y de originalidad. Sus imágenes son prodigiosas; si se fija en los pies de un arriero, dirá que «son inmensos, de venas recias como cordeles escamosos». Es la prosa de Miró una de las más exuberantes y lujuriosas por su riqueza de imágenes y su precisión. Ha sido uno de los paisajistas de la pluma más eminentes con formar éstos legión en las letras españolas, y se le considera el primer pintor de las tierras alicantinas. Árboles, luz, piedras y tipos desfilan por sus libros con un alarde de observación precisa dentro del más estricto realismo, que fué su fuerte en la literatura.

### CÉNIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José  
Peirats, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny,  
4, rue Belfort, TOULOUSE  
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Fran-  
cia, 204 francos trimestre; Exte-  
rior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 % de descuento  
a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.  
C.C.P. 11-97-21, 4, rue Belfort,  
TOULOUSE (Haute-Garonne).



# EL INDIVIDUO Y LAS MASAS

La prevención contra las masas es más pronto un prejuicio injustificado que una actitud de defensa de ciertos valores individuales. El hombre es hombre en todas partes, suelto o en montón. Más todavía: el *hombre suelto* es una invención, mientras que el *hombre junto* es una vieja realidad, tan vieja como la especie. La manera de estar juntos es lo que ha ido cambiando, y también la manera de definir la sociedad. Para Nietzsche era gregarismo lo que para Kropotkin era apoyo mutuo. Antaño fueron clanes y tribus; ahora pueblos y masas. ¡Ojo!, gritarán algunos. De pueblo a masa va la diferencia de que... Solamente de que los pueblos han salido de las estacadas primitivas y se han convertido en ciudades; de que los propietarios terráneos se convirtieron en burgueses y los esclavos en proletarios y los proletarios en masas... He aquí las características de un proceso social en crecimiento. El gregarismo aumenta en la medida en que se multiplica la especie. ¿O es que es menos gregario el campesino de las Hurdes que el proletario de Bilbao? ¿Y es aquél masa en el sentido marxista que lo es éste? De ninguna manera. Pero están más cerca uno y otro, en tanto que presencia humana, del valor fundamental hombre, que no de la idea de masa que se nos quiere imponer.

La figura del hombre es la misma desde siempre, y su valor esencial también. ¿Que al variar su medio ambiente varían sus condiciones espirituales, intelectuales y aún físicas? Bueno. Pero ¿dejará por eso de ser hombre? Desde la horda a la legión y desde la legión al ejército, las tres formas más gregarias de manifestación humana, ¿en qué se diferencian? Simplemente en la cantidad. El problema de las masas es un problema aritmético. Pero los números tienen poco que ver con la condición humana. De ahí que las masas, lo son específicamente en su condición de mayor cantidad de hombres juntos que en la sociedad anterior, nunca como una sub-especie.

Podemos buscar aún otros puntos de apoyo para esclarecer este asunto. Si echamos una ojeada a las formas políticas predominantes en la Sociedad presente, veremos cómo todas ellas tienden a la misma realidad que estudiamos. A los cuatro puntos cardinales de nuestro mundo se observa el mismo fenómeno. No importa que aquí sea la democracia y allí el comunismo; que este pueblo sea agrícola y el otro industrial. ¿Son menos realidad las masas en Calcuta que en Londres, en Moscú que en Nueva York? Siempre el mismo hombre bajo formas transitorias de organización y gobierno. Lo fundamental y permanente es el hombre, nunca la sociedad en que se junta. No podemos perder esto de vista, como no podemos confundir, por ejemplo, las formas efímeras de gobierno con la existencia fundamental del Estado, ni las iglesias variables con el espíritu religioso.

Todo esto no está dicho a humo de pajas, pues veremos frecuentemente invocar al pueblo y despreciar a las masas. Pero las masas, ¿son o no son el pueblo de Nueva York, de Londres, de Calcuta o de Moscú? ¿O es que vamos a realizar el supremo escamoteo de aceptar como realidades las casas vacías y no a sus habitantes? Aún podrán argüir los individualistas empecinados que las masas han nacido hace un siglo, con el industrialismo. ¿Y los hindúes y los chinos que viven y mueren como moscas en el primitivismo más lamentable? Las masas de hoy, como los pueblos de ayer y las tribus del día anterior, son una realidad imperfecta de lo que podrá ser mañana el hombre. Eso, sí. Pero nunca menos que hombres. El reconocimiento de esta realidad es fundamental para el anarquista. Porque, después de todo, la sociedad de mañana, si ha de hacerse, se hará ni más ni menos que con estos hombres de hoy.

Para Morgan, como para Kropotkin, la civilización comienza con la sociedad. La especie creció y se desarrolló en la medida en que creció y se desarrolló la producción. Las derivaciones posteriores—propiedad acumulativa, gobierno, etc., son factores arbitrarios,

superestructuras que han significado para el organismo social lo que para el organismo físico ciertas enfermedades.

Una de las consecuencias más visibles del auge social es la uniformización. Aunque el hombre tienda a pa-

recerse más entre sí por encima de mares y continentes, esta uniformización no es real más que en la medida en que se internacionalizan los medios de relación y son más intensas y frecuentes las corrientes mundiales de información y conocimiento. Es evidente que



la radio, la imprenta y el cine son a nuestro mundo, con efectos infinitamente más rápidos y eficaces, lo que significaron para los viejos pueblos las primeras naves y las migraciones.

La historia humana es una sucesión de interpretaciones variadas, debidas a los desplazamientos de población, al comercio, a la guerra y a la navegación. Pero es innegable también que a pesar de los trazos comunes que van uniendo a los hombres, los caracteres indelebles que los diferencian permanecen en ellos mismos fuertemente enraizados y haciendo que los mismos métodos den productos diferentes, y que un tranvía de Londres no sea igual a otro de Moscú, y no sea el mismo programa el de Radio París que uno de Nueva York, ni el cine italiano tenga nada que ver con el sueco. Esto se debe sencillamente a que en todas partes, y bajo no importa qué apariencias, subsiste el hombre fundamental.

El problema de las masas, surgido del

factor industrialista, al que se vincula inmediatamente el de población y urbanización, podía haberse encauzado por métodos más racionales si en vez de estar orientada la producción por el interés acumulativo lo hubiera estado por el interés social. Pero aquí topamos con el sistema de injusticia social. Sin embargo conviene meditar que, tal vez mañana, solventaremos el problema de la higienización de las ciudades, de las fábricas, de las viviendas humanas, pero que las necesidades adquisitivas de la humanidad en desarrollo seguirán exigiendo grandes fábricas, grandes ciudades, grandes viviendas y, por ende, grandes poblaciones. La interdependencia de unas industrias con otras, vinculada al factor transporte, hacen inevitable el problema, por lo menos en un grado máximo. Después de todo, si consideramos el asunto de la urbanización y la vivienda actuales, aún con sus enormes deficiencias y su evidente interés especulativo, no podremos de-

jar de convenir en que lo más infecto de París es su parte más vieja, y lo más insalubre de Barcelona o Buenos Aires son sus viejos barrios, no sus ensanches correspondientes.

La superpoblación encuentra su paliativo en la técnica, y el problema de un equilibrio saludable entre hombre y máquina se plantea, como siempre, en base a consideraciones de justicia social. Mientras la producción y el gobierno estén en manos irresponsables tendremos masas incapacitadas, como siempre las hubo. Ayer porque el exceso de trabajo embrutecía a los hombres, obligados a trabajar de sol a sol. Hoy porque sufren el mismo proceso al verse sometidos a un método irracional de trabajo. Subsiste, entonces, un defecto milenario de organización social que sólo podrá ser superado por la libertad y la justicia, pero que no es exactamente el problema de las masas versus los derechos del individuo.

**Benito MILLA**

## ¿ANARQUISMO O POLITICA?

*«De oído oiréis, y no entenderéis;  
y viendo veréis, y no miraréis».*

ISAÍAS.



**S**i definiésemos esencialmente el pensamiento libre, diríamos que es aquel que parte siempre, de todo y de todos, y se lanza, impenitente aventurero, en lo desconocido, en aquello que espera ser revelado, en lo que es anhelo inquietante, deseo de horizontes inéditos, búsqueda loca de caminos no transitados aún. Es la revolución. Aquello impreciso pero cautivante; inseguro pero tentador; espectable y espontáneo, donde lo imprevisto juega un rol principal y donde nuestra inteligencia escéptica encuentra motivos de asombro todavía. Aventura, imprevisto. He aquí, se me ocurre, la dimensión incontrolable en que cobramos conciencia de nuestro destino humano, de nuestras imponderables posibilidades creadoras. Aventura, imprevisto. Explicarlas es matarlas, tronchar sus alas. Resultado de ello, es la planificación y la previsión: la obediencia y la desconfianza.

A muchos espíritus concretos, claro está, lo que antecede les resultará vago, indescifrable, misterioso... Y no se equivocan. Todo lo que fluye del corazón, del pulso o del natural instinto, es casi inexpressable, balbuceante siempre desde el punto de vista de la razón. ¿Pero cuándo la razón ha sido un incentivo de vida y no un registro? Pretender comprender la vida a través sólo de la lógica, lo mensurable, lo verdadero, es repetir el intento de todas las co-

rrientes científicas y autoritarias. De dicha concepción deviene la necesidad de soluciones prácticas, realizables y viables, es decir dentro de un orden exiguo, mezquino, superficial, a la medida misma de los necesitados. Se ignora ahí, o se posterga para mejor oportunidad, la promoción de los valores eternos e insolubles del hombre; críticos, angustiantes, agudos, imprescindibles para la plena integración de la vida y que el hombre consciente no elude jamás, sino enfrenta, provoca. Y la estafa se hace entonces presente, sin ello. Enormes multitudes trabajadas por siglos de tradición autoritaria, hacen posible la erección de demagogos, presuntos solucionadores de los problemas superfluos que la aquejan considerados graves y profundos por la propaganda oficiosa. El trastrueque de valores se enseña: nacionalidad, patria, economía, libertad, justicia social, reducidas a su mínima acepción unas, convertidas en estribillos jactanciosos otras, invisten de idealidad, bajunos propósitos generales. De arriba abajo y de abajo arriba se pacta. Las masas no aventuran por sí mismas una actitud que las convierta en auténticas realizadoras de su propio destino y así se extinguen en guerras por mercados, refriegas por poderes, caloteos de supuestas mejoras económicas, estimulados en esa tarea por todas las corrientes politicistas que distraen, desdibujan, tergiversan el ulterior deseo de cada criatura humana de vivir en libertad, apoyados en el espíritu común de conservación, en el deseo



común de vivir. Vivir en libertad. ¿Qué entenderán por ello los detentadores del Poder, la clase dirigente intelectual, profesional y capitalista, la mayoría abrumadora del pueblo trabajador? Si no los identificase a todos la particularidad de querer la libertad para sí, para uso exclusivo, despojado de todo sentimiento altruista referido a sus congéneres; si no guardasen en común la secreta aspiración de ubicarse privilegiadamente en el concierto social, ¿cómo explicar, de abajo arriba, ese pacto forzado, pero pacto al fin, con que dan cuerpo a todas las estructuras estatistas? Por la codicia se han entregado más vidas que por la libertad, es bueno tenerlo en cuenta. Sobre todo para no distraernos y no confundir supuestos movimientos rebeldes embozados en mejoras económicas. Nunca se repetirá demasiado que si bien la vida del hombre debe ser elevada, en su aspecto material, a la altura del decoro, hay un límite sin embargo. Un deslinde donde por un lado comienza la glotonería rampante y burguesa, y por el otro comienza a diferenciarse de veras el animal, de la bestia y a columbrar afanes realmente humanos. Y no se trata de que no seamos conscientes de abusivos desniveles económicos, sino de valores, de qué valoramos más. Cuando la carne se recupera, cuando el estómago recibe su diaria ración, nada justifica, salvo la codicia, el planteo de luchas contingentes en ese terreno. Físicamente aptos, insistir en la doble o triple ración así sea en el terreno mismo de la acción directa, es integrarse a la vara del mercader, es dar una fisonomía unilateral y equivoca a la tragedia humana. Nosotros no optamos por más pan. Estamos por el pan justo y por toda la libertad posible. Y si los hombres no son capaces de elevarse por sobre la economía y persisten en su suicida tentativa, no habremos nosotros, se ve ocurre, de avenirnos a ellos, de descender hasta ellos y pretender canalizarlos. Sólo logramos así desvirtuarnos, agitar, quizá, sí, la estupidez y obtener como saldo la propia sanción. A nosotros, anarquistas, nos ha sido revelado ya el teje y maneje de esta endiablada estructura social. Estamos al cabo de todos los cuentos. ¿Por qué no obrar en consecuencia? ¿Por qué no abordar integralmente nuestra realidad superada, acentuar sin ambajes y sin tácticas mediatizadoras nuestra fiebre de libertad? Heredadas consignas gravitan al parecer, todavía, descubriendo pecados capitales.

Dilectos discípulos de lo peor de un pasado estimulante, los bolcheviques, hacen su agosto en esta constante, reiterada puja de necesidades sin aspiraciones trascendentes. Hoy constatamos que el fascismo y el comunismo, ambos totalitarios, construyen sus sistemas en principio, sobre el unánime y fervoroso apoyo de los sectores más miserables y sumergidos. La vieja escuela de halagos y promesas, de verdades ocultas por razones de tácticas, creó la mística del pueblo santo, del pueblo engañado. Utilizando idéntico sentido proteccionista, el mismo deseo solucionador, aunque con otros fines, los demagogos de hoy se aposentan en sus estrados sobre bases populares.

Este criterio, hace pensar no sin razón a muchos anarquistas, que el anarquismo, huérfano de masas y con tales escrúpulos, está llamado a desaparecer, a quedar como un recuerdo histórico. El anarquismo político aclaro, creo que ya lo es: ha sido batido en todos los terrenos por la moderna técnica estadal. En cuanto al anarquismo integral, relevado de compromisos obligatorios de partido y librado al imperativo de su alerta sensibilidad, puesta como una antena sobre la llaga o la alegría del hombre, aún le resta todo por hacer, dado que la multitud de formas inéditas esperan ser transidas, descubiertas. Nadie dice que no beligere. Lo que se dice es que no ofusque, que no se impaciente, que reflexione y que considere que la anarquía no es una fórmula consagrada por nadie sino una constante manifestación de vida en movimiento, una interpretación y una conducta. Y que si los valores esenciales parecen eternos, no lo son asimismo las formas que lo contienen, el medio en que se desarrollan.

Muchas luchas parciales emprendidas y de las que las corrientes socialistas fueran puntal y que siendo resistidas costaron ríos de sangre, hoy son aceptadas y propagadas por aquellos que las combatían. Razón de ello es, sin duda, el absoluto control ejercido sobre un elemento en el cual se fincaron todas las esperanzas de los que enarbolaron el Progreso como conquista revolucionaria. Y si bien lo ha sido, no lo fué en el sentido que nuestros mayores le asignaron sino que sirvió a las castas dominantes, industriales y capitalistas, para su propio afianzamiento. La técnica, introduce hoy su regulador sentido en todos los órdenes de la vida y manejada aviesamente, logra lo que antiguamente sólo conseguía la represión descarnada.

Se trabajan ocho horas; en muchas industrias seis. Esto es parte de la racionalización del trabajo, de la incrementación del maquinismo y de las luchas obreras emprendidas en ese sentido. Si bien físicamente es supuestamente tolerable dicha jornada, no lo es ya psíquicamente. La técnica y la eficiencia aparejada con su aporte han trastocado fundamentalmente la vida de creación del individuo común: no hay ya vocación artesanal, sino standardización. Esto no lo vieron los que festejaron la aparición de la máquina, ni al parecer preocupa a los actuales organismos obreros empeñados en mejorar su nivel económico de vida.

No hay esclavos en el sentido estricto de la palabra ni nadie que pretenda públicamente la vuelta a ese estado. La sujeción es de orden subjetivo. Las mismas formas de colonialismo van siendo modificadas por lo menos en su aspecto exterior. No es una gloria ya tener posesiones obligadas en todo el mundo. Se procura la adhesión y el compromiso mediante sutiles operaciones mercantiles, mas sin enrostrar a los expoliados su condición de dependencia.

La enseñanza escolar es obligatoria. Recordaré en ese sentido que en el reciente conflicto Guatemalteco, las únicas fuerzas de veras revolucionarias las constituyeron campesinos analfabetos. La reacción erigida en gobierno votó una ley por la que se les suprimen los derechos políticos hasta tanto no se alfabeticen. En la Rusia de los zares se mantenía al pueblo alejado de las letras; éstas eran subversivas. Centenares de hombres y mujeres perdieron la vida, represaliados, en la tarea de enseñar a leer. Hoy la técnica estadal comprueba que para catequizar los necesita instruidos. En la Rusia soviética, dicen, casi no quedan analfabetos. Creo que se les puede dar crédito.

Cuando en el siglo pasado Bakunin proyectó, basado en los Estados Unidos americanos, una Federación Europea, resultó a más de utópico, risible para muchos. Hoy es Churchill el encargado de patrocinarla con fines distintos y por otras razones, como son las de oponer a las dos potencias regidoras otra tercera tan fuerte como aquellas. Pero el hecho es que no es tabú ni mucho menos hablar hoy de ello. ¿Quién, entonces, hubiese previsto que el más alto exponente de la autocracia de hoy día se avendría, por ninguna razón, a semejante iniciativa?

No obstante la posibilidad de continuar insistiendo en esos tópicos, exigiendo sí alfabetización, mas sin intromisiones clericales o políticas (?), o en dicha Federación Europea, basada en la federación de pueblos y no de gobiernos, nuevos problemas, aún dentro de los mismos ya planteados, estimulan nuestra inquietud, nos obligan a una nueva respuesta. Y aquellos que con Ecclesiastés insistan en que «nada hay nuevo bajo el sol» y recaben la fórmula o la salida salvadora en los viejos tópicos, o traten de asentar sus argumentos en extractos parciales de los mismos, no sólo están cegados y sordos, de espaldas a la vida, sino que, convertidos en guardianes y custodios de lo que nació libre, hacen lo que todos los cancerberos: apresar la materia e ignorar su espíritu.

Repetir las viejas fórmulas, insistir en viejas tácticas, pronunciarse con criterio de clan, es desnaturalizar una co-



riente de ideas y sentimientos que no busca su finalidad por cualquier medio. Y que pretende que cada hombre y mucho más cada militante, recabe de sí mismo la respuesta; formule por sí mismo la pregunta, el fecundo interrogante: inquieto, atrevido, renovador; e íntegro con su vida, con su sentido personal, este aquellar humano en que la

monotonía, el ruido de bombos y platillos triunfales y marciales, el coro de lamentaciones y vivas, y el paso machacón sobre caminos trillados, amenaza ahogar por un largo período, la expresión formal del pensamiento libre.

HECTOR

## LA CULTURA Y LA GUERRA (\*)

# EL EJERCITO Y LOS RENEGADOS LA AGONIA DE UNA CIVILIZACION

— I —



ENTRE los problemas considerados de «actualidad» y aquellos de interés general y permanente, no existe, con frecuencia, más que una diferencia de perspectiva. Ciertos ideólogos son, por decirlo así, míopes: ven las cosas cercanas, abarcan un campo muy restringido de la realidad que examinan en una forma minuciosa, olvidando muy a menudo las relaciones de su objeto de estudio con el conjunto general. Otras ideologías, que podemos llamar prósbitas ven las cosas lejos, abarcan perspectivas muy vastas y, si bien descuidan los detalles, persiguen la determinación de las relaciones existentes entre una serie de dominios limitados, entre diversas categorías y épocas de evolución, conservando de este modo los lazos que unen el presente con el pasado y al mismo tiempo con las posibilidades que se proyectan hacia el futuro.

El problema de la cultura y de la civilización puede ser expuesto en una forma sintética, mediante el segundo método, el que se halla orgánicamente ligado al problema de la paz y la guerra. No se trata aquí de un problema abstracto, sino vivido. Por primera vez lo hemos vivido durante los años 1914 a 1918 y esa experiencia se ha tornado cada vez más dolorosa en el lapso de los siguientes veinte años; la crisis se ha profundizado, desembocando en el desenlace más trágico, al consumarse la segunda guerra mundial de 1939 a 1945, y ya se habla de una tercera guerra, anunciada por síntomas visibles en todas partes...

Yo no soy un profeta que anuncia el fin del mundo, pero permítaseme afrontar estas realidades y exponerlas a mi vez tal como se me presentan a través de los blancos cristales del Espíritu y no mediante los anteojos de la Política, coloreados muy diversamente.

¿Cuántos han creído, con firmeza, en la autonomía de la Cultura: de la ciencia, de la filosofía, del arte, de la moral? Por encima de este mundo terrenal, por encima del instante con sus necesidades inmediatas, superando nuestro horizonte cotidiano y palpable, está la eternidad de la creación espiritual. Más allá de las apariencias se sitúa la realidad permanente con sus leyes superiores, con las armonías que se revelan a los elegidos que han

descubierto su propia divinidad. En el imperio del alma y del espíritu sólo han penetrado los héroes que luchaban con armas vivas, con la serenidad de la contemplación y el lento esfuerzo de la meditación. En ese imperio se encuentran los servidores de la paz, los que han sabido elevarse a las cimas del ideal, aquellos que quisieron fundar un nuevo orden, superior al orden cruel y ciego de la naturaleza, y superior también al orden cruel e injusto de quienes regían a los pueblos.

Todas las civilizaciones son florescencias y frutos del árbol maravilloso de la cultura humana. Aferrado con sus hondas raíces a la tierra de la Necesidad, plantado en las tinieblas de las fuerzas elementales, el árbol de la cultura crecía a través de los siglos, extendiendo sus múltiples brazos hacia el puro infinito de lo Absoluto. Las muchedumbres desfilaban bajo su sombra, cargando en sus espaldas los fardos de la ignorancia y el hambre. Y el aroma del árbol milenario acariciaba, como un bálsamo, las frentes inclinadas hacia la tierra materna. Brazos torpes se estiraron en un primer momento para atrapar los pétalos que llovían del ramaje tembloroso. Más tarde nudosas manos de obreros buscaron apoderarse de los frutos maduros y dientes ávidos se hundieron en el tesoro viviente caído del follaje.

La muchedumbre se nutría del fruto de la cultura durante los escasos ocios que su destino le permitía, y lo hacía con esa piedad que en los ojos de las bestias pone miradas de ángel. Comiendo el pan bendito la muchedumbre creía comulgar con la carne del Señor... Pero los otros pastores, los malos, los empujaban más lejos, hacia las tierras que debían roturar, los desiertos donde debían construir pirámides y oasis, los bosques donde nuevos caminos debían ser abiertos para solaz de los amos de la hora. Los malos pastores empujaban a los pueblos hacia las catacumbas de la servidumbre y los abismos ardientes de la guerra.

Pero la cultura extendía sus miríadas de impulsos por

(\*) Nuestro colaborador Eugen Relgis está preparando la edición en español de su libro: «El Humanitarismo y los intelectuales». Ofrecemos aquí a los lectores un capítulo inédito concerniente a la época entre las dos guerras.



encima de la historia de los pueblos, por encima del río planetario de la humanidad, por encima de las vanidades y las bestialidades asesinas. El poeta devanaba en tanto su sueño, transfigurando ese mundo malsano y horroroso para proporcionarle rostros ideales y misiones inaccesibles. Se allegaba al leproso con el alma plena de un amor inmaculado y gustaba también del soplo que venía desde los horizontes cubiertos de espejismo. El filósofo vestía su austera toga a través de los jardines de Academias o en las celdas místicas. El mundo palpitaba en su cráneo como las estrellas bajo la cúpula del infinito. El signo de interrogación se arqueaba como una hoz o como una serpiente. El misterio exigía que se le develara y las cosmogonías surgían como florestas seculares llenas de demonios y de dioses.

En medio de las tinieblas de la vida brillaba la estrella polar de la conciencia. El imperativo moral espoleaba al animal humano lanzándolo más allá del círculo ya consagrado, hacia el círculo nuevo de los sentidos y del conocimiento... Y el sabio con ojos de Argos yacía en el propio corazón de las cosas, les arrancaba sus secretos y los dominaba, recomenzando así la creación. La ley física avanzaba a la ley moral, la verdad real junto a la verdad ideal. El número comenzaba su reinado al lado de la metafísica, la fe religiosa al lado de la convicción experimental, la intuición al lado de la razón, el templo al lado de la fábrica, el verbo al lado de la máquina...

Y el árbol de la cultura seguía fructificando bajo las tormentas naturales y por encima del torbellino de los ejércitos en lucha. De igual modo que el flujo y reflujo del mar, oscilaba, por obra de la cultura milenaria, la copa de este árbol. En algunos años los frutos obtenidos eran pocos o se hallaban picados, pero la sequía de esas épocas preparaba la abundancia de otros periodos históricos. Hubo momento en que ramas enteras cayeron a tierra, arrancadas por los vientos de la barbarie, y otros en que el árbol entero fué envuelto por las brumas de la decadencia. Pero las raíces permanecieron tenazmente asidas al corazón de la tierra, la savia siguió subiendo y con ella las fuerzas inagotables de una «voluntad» todopoderosa. De este modo el árbol de la cultura perseveraba, ofreciendo sus civilizaciones, sus frutos periódicos, a las generaciones humanas que cada día se veían más sumergidas en las del sufrimiento.

Desde su prisión carnal, el Espíritu se abría nuevas ventanas hacia la luz infinita de la contemplación y hacia los imperios del pensamiento creador. El Sueño y la Acción formaban dos mundos superpuestos que tendían a la armonía perfecta. Hubo momentos en que las puertas de los supremos misterios parecían a punto de abrirse, después de haberse abierto las ventanas del corazón y las del cerebro. Los visionarios anunciaban la llegada de la Edad de Oro — que la humanidad con seguridad ya ha vivido bajo otras formas — y preveían al finalizar la victoria entre la materia y el espíritu, entre el mal y el bien, la revelación en el hombre de la luminosa victoria del profeta o del demiurgo...

\* \* \*

Sí, numerosos son los que han creído en la autonomía de la cultura, en su incesante progreso, a pesar de los obstáculos que surgieron en el camino de la evolución humana, volvámonos hacia el pasado y contemplemos el espacio desde 1914 hasta antes de iniciarse la historia. Podremos ver un largo rosario de victorias morales, estéticas, científicas, económicas y técnicas, jalonando el paso de la humanidad como monumentos vivos en el cementerio que han poblado tantas generaciones.

¿Qué quedó de las hordas de monjes que descendieron de los árboles? El gesto de la mano que agarra la piedra,

¿Qué quedó del pitecantropo que durante miles de años vagó por entre las selvas enmarañadas, temeroso, hambriento y con frío? La chispa todopoderosa que palpita hoy día en los hornos y corre a lo largo de los hilos eléctricos. ¿Qué quedó de las tribus y los clanes primitivos? El primer utensilio, el primer vallado y la primera cabaña, que son en la actualidad la máquina, la frontera y el palacio. ¿Qué quedó del gigantesco esfuerzo de los esclavos? Templos y metrópolis...

Y del fecundo silencio de las muchedumbres ha surgido el verbo de Buda, de Moisés, de Cristo, de Platón, de Tolstói, de Gandhi. Millares de ojos han contemplado los astros, pero Galileo nos ha dejado su obstinado «*E pur si mouve*» y Newton la ley de la gravitación universal. Millares de cuerpos humanos han luchado contra los gérmenes invisibles de la enfermedad, pero Pasteur ha revelado esos gérmenes y Koch, Ehrlich y tantos otros, descubrieron su secreto. Durante millares de años el hombre arrastró su lenta existencia, agobiado por toda clase de pesos, pero Stephenson supo depositar esos pesos sobre rieles de acero y Bleriot lo ha lanzado hacia las nubes vagabundas. Durante siglos los pueblos escribieron su historia en las pirámides y las catedrales, pero Gutenberg les hizo el donativo de la imprenta y encerró el universo en las páginas del libro. Por encima de montes y océanos, las naciones y las «élites» se buscaban; y se reconocieron en las telas de Rembrandt, en las sinfonías de Beethoven, pero también en los salmos de David, en el Sermón de la Montaña, en el cincel de Miguel Ángel y asimismo en la epopeya homérica, en el Fausto de Goethe, en el teléfono de Edison y en el catecismo de la fraternidad universal.

La verdadera historia de la humanidad es la de la paz creadora, la de la cultura con sus civilizaciones sucesivas. Pero esa historia la vemos a través de un muro de lanzas y a través de las siluetas amenazadoras de los cañones. Nuestros maestros nos han obligado a registrar los nombres de Nabucodonosor, los Faraones, Tamerlán, Ricardo Corazón de León o Iván el Terrible. Nos llenaron la cabeza con fechas de guerras y con los años de la muerte de reyes y generales, e infiltraron en nuestra alma fresca el río de sangre de la matanza mundial.

Pero nosotros no reconocemos a los reyes y a los generales. Ellos, los «amos» de los hombres, se hallan fuera de la humanidad, en la inexistencia de su orgullo satánico y del cúmulo de vanidades terrestres. Los Faraones duermen indefinidamente en sus pirámides, pero el pueblo que las ha edificado está presente y vivo en la piedra roída por los siglos. La gloria de Carlomagno ha sido robada a la gloria del otro ejército, anónimo, que ha cincelado las catedrales y escrutado, en las celdas oscuras, los misterios de la vida y de la divinidad. Napoleón no ha sido más que un prodigioso aventurero que ha tenido la audacia de dictar el llamado Código de Justicia y palmotear la espalda del olímpico Goethe. Pero es él, Napoleón, quien ha dicho en otra ocasión que lo que más le asombra, es que la fuerza es impotente para realizar algo. En la lucha entre el espíritu y la fuerza, es siempre el espíritu quien sale vencedor.

Las hordas de la violencia se asemejan — cuando observamos su paso registrado en el devenir histórico — a las orgullosas moscas posadas sobre los cuernos de los bueyes que vuelven de los campos labrados. El gigante, bonachón e inocente, se deja roer por esos parásitos dorados, hereditarios y sacrosantos, pero su destino continúa invariable, ascendiente y trágico, sean cuales fueren los abismos hacia donde lo empujen sus malos pastores.

El antagonismo entre la cultura y la guerra rueda cuesta abajo. Dos evoluciones en sentido contrario: una progresión positiva cada vez más armoniosa, coronada por los laureles de la paz, y una progresión, por decirlo



así, negativa, cada vez más terrible, hacia las tinieblas de la destrucción. *Homo sapiens* y *Homo stultus*: el cerebro y el músculo, el corazón y el vientre, el primado de la Razón y el primado de la Fuerza...

\* \* \*

A tal punto parecía imposible antes de 1914 una colaboración entre los hombres creadores y los sub-hombres destructores, que en el momento mismo en que la alarma de la gran refriega hizo temblar a Europa, se tenía la convicción de que por encima de los ejércitos asesinos iba a elevarse la voz serena de la sabiduría, la voz severa del gran ejército del espíritu.

El testimonio de los siglos pasados confirmaba nuestra esperanza. En una época remota, frente a las puertas de una ciudad cualquiera, dos bandas armadas (cuyo oficio era el pillaje) se enfrentaban. En los campos cercanos, el labrador contemplaba durante un instante el salvaje espectáculo y luego volvía a su arado: su misión era la de fecundar la tierra. No se admitía que el artesano fuera conducido a la masacre y se lo dejaba con sus cinceles, su martillo o su lesna. El imperativo nacional o patriótico no existía en la Edad Media y el derecho del príncipe sólo alcanzaba a percibir de sus súbditos el dinero con que pagar a sus mercenarios. El anacoreta proseguía en su celda la plegaria. El pintor continuaba plasmando sus visiones sobre la tela, en el propio castillo del señor, en tanto que éste erraba por los montes y los valles, junto a sus compañeros vestidos con la cota de mallas. El filósofo meditaba a pesar del bullicio que reinaba en la calle y el sabio seguía inclinado sobre sus crisoles, sereno y tenaz en medio de aquella tormenta sanguiñaria.

Al evocar la guerra de 1914 en su forma militar y económica, quedamos acongojados por un terror mudo. Pero hubo otra guerra, aquella en la que se enfrentaron los ejércitos de intelectuales. Ella provoca en nosotros este sufrimiento moral que ha roído las ilusiones y las creencias de nuestro joven optimismo, pues fuimos educados a la sombra de la cultura, y los artistas, los filósofos y los sabios contemporáneos eran nuestros dioses lares. En nuestra juventud, cada uno poseía su biblioteca y su museo con las imágenes de aquellos que componían nuestra familia espiritual: eran nuestros padres venerables que habiéndonos tomado de la mano nos hacían conocer los secretos de la ciencia, eran los héroes tras cuyos pasos habíamos intentado remontar las cimas trágicas de la vida; eran nuestros hermanos mayores que animaban esa fuerza que mueve las montañas y domina los océanos; y teníamos también nuestros cantores para las horas del amor y nuestros compañeros en el sufrimiento para los días penosos y para las grandes pruebas. El libro era nuestra mágica caja de Pandora: la cátedra el altar de la nueva fe; el museo, nuestro templo de comunión estética; la fábrica, otro templo del trabajo que ennoblece. Y también éramos poseedores de la naturaleza, el universo en el cual distribuíamos nuestros impulsos y que recreábamos en nuestro mundo interior.

El huracán de la guerra sacudió el jardín maravilloso del Espíritu y arrastró sus jardineros hacia el infierno aterrador de los ejércitos en lucha. Quienes habían sido los servidores de la verdad y de la belleza que habían propagado el amor y el ideal, se convirtieron en esclavos de la mentira y de la fealdad, en sembradores del odio y asesinos de los ideales.

¿Qué habéis hecho, intelectuales, con el tesoro conservado y aumentado por el esfuerzo de tantas generaciones? ¿Qué habéis hecho con el alma de la humanidad que, entre vuestras manos, semejava al niño radiante e inocente en los brazos de la madre? ¿Qué habéis hecho del corazón y del pensamiento de las jóvenes generaciones

que acudían para heredar y enriquecer vuestra obra? (Es así como hablaba yo después de la guerra de 1914-18, y lo repito ahora, después de la segunda guerra mundial.)

¡Oh, poetas! Vosotros no habéis abandonado la lira, pero habéis atormentado o cortado sus cuerdas con vuestros cantos satánicos. Habéis glorificado la gracia monstruosa de la patria delirante y habéis echado la magia de las palabras melodiosas sobre los rebaños de sacrificados, exaltando los héroes ebrios de sangre, ciñendo con laureles la frente de las bestias del apocalipsis. A los mutilados los habéis colocado en los santuarios nacionales como si fueran ídolos, junto a las divinidades terrestres que, desde el reducto de sus nuevos cuarteles generales o sus tronos dorados, ordenaban nuevos sacrificios y nuevas victorias. Desde Edmondo Rostand a Ricardo Dehmel, desde Lissauer a D'Annunzio, todos arrastraron las musas por el fango de la matanza, renegando de la serenidad de sus obras y del universo fantasmal que habían creado. Quisieron proporcionar un sentido al aullido de la bestia, darle belleza al sufrimiento ciego de los rebaños de hombres aterrorizados. Disfrazaron los cadáveres amontonados con los seductores oropeles de la gloria, y enrojecieron con sangre sus odas estériles acerca de la nada guerrera. Junto a las banderas alucinantes de los ejércitos que iban a reemplazar las tropas ya perecidas, en los reinos de la Muerte, hicieron ondear las páginas de una epopeya falsa.

Y en cuanto a vosotros, educadores y profesores, de París, de Berlín, de Londres, de Moscú y otras capitales europeas, habéis aportado todo el arsenal de la Razón. Dejando vuestra mesa de trabajo o esa ciudad de los libros que era vuestro escritorio, habéis partido para la guerra esgrimiendo la pluma, para unirlos a la banda ignorante de periodistas que buscaba ensordecer con su griterío, manchados por la tinta de las imprentas. Recurrieron a los estantes donde dormían, olvidadas, las absurdas teorías acerca de razas y nacionalismos para forjar unas nuevas, más absurdas aún. Pusieron la lógica al servicio de lo que no tiene sentido. Sobre cimientas podridos construyeron los palacios de cartón de sus concepciones y dogmas, que los literatos se encargaron luego de pulir y dar brillo, y los oradores de poblar con los ecos de una elocuencia vana y estéril.

¿Recordáis a los hombres de la Sorbona y a «los 93», a los profesores alemanes, lanzándose recíprocamente terribles anatemas? Cada uno de ellos se convertía en el abogado del campo que ocupaba, reivindicando para él toda la inocencia, toda la justicia, toda la civilización.

¡Sí! Todos erais «defensores de la civilización contra la barbarie»; cada uno de vosotros ha renegado del pasado común integrado por los esfuerzos creadores, olvidando así lo que unos han tomado de los otros y que todos han crecido como las ramas de un mismo árbol. Vosotros, que habéis fabricado ideales nacionales, ideales pseudo culturales e incluso ideales humanitarios, proporcionásteis a vuestros amos — que son también los amos de los pueblos —, los «nobles» argumentos para perseverar en la masacre hasta la «victoria final». Las hermosas expresiones que resumen el progreso moral y cultural de la humanidad, fueron robadas para ser utilizadas allí donde el hombre no puede hablar, donde la conciencia frecuentemente está paralizada.

Las máquinas de pensar hicieron causa común con las máquinas destructoras. La hipnosis colectiva y el terror que impide toda tentativa de protesta, fueron mantenidos por los millares de tratados acerca de los dogmas nacionales, patrióticos y racistas; las decenas de millares de folletos, henchidos de prolijas calumnias y falsificaciones metódicas obra de polemistas patrioteristas; las informaciones plagadas de mentiras proporcionadas por las páginas infectas de los diarios, que llovieron sobre los ejércitos ensangrentados, sobre los hambrientos, so-



bre las viudas y los huérfanos sus insondables estupideces, sus clamores de victoria, sus llamadas de un sarcasmo ridículo y al mismo tiempo agresivo, exigiendo nuevas contribuciones y nuevos heroísmos. Toda esa prensa infernal ha contribuido, en el mismo grado que los cañones, al embrutecimiento universal de los pueblos; millones de soldados y de civiles han sido asesinados solamente por los efectos de esta ideología fabricada en las universidades, en las oficinas diplomáticas, y en las redacciones de diarios.

No aceptamos la excusa de aquel momento, según la cual los «imperativos de Estado» son más fuertes que la voz de la conciencia humana. Menos aún admitimos los atroces sofismas de los teorizadores que buscaban poner de acuerdo dos mundos: la bestia desencadenada y el hombre apacible; el Estado forjado por los dominadores y el pueblo de los esclavos; la raza «elegida» y la especie humana; «el patrimonio de la civilización nacional» y la justicia; la libertad y la fraternidad universal. En una palabra, la guerra y la cultura.

Merced a esta rememoración, volvemos a sufrir la tortura moral que nos provocó la abdicación de esos «soberanos del espíritu» ante el Moloch de oro y sangre. A las noticias lacónicas que nos llegaban del campo de la matanza, se unieron las palabras envenenadas de quienes componían nuestra familia moral. Debemos recordar algunos nombres, pues lo ocurrido en 1914 se repitió en una forma más amplia y más cínica en el decurso de los años 1939-1945. El pacífico e irónico Anatole France, sabio con caprichos de cortesana, lamentaba que, ya viejo, no pudiera empuñar el fusil y otorgaba su bendición a la juventud generosa que moría en las trincheras. El genial filósofo Henri Bergson quien, mediante la magia de la intuición, nos ha revelado una nueva metafísica, pronunciaba en América conferencias acerca de la concepción materialista y espiritualista, pero atribuyendo la primera a las Potencias Centrales y la segunda a los Aliados. El creador de la anafilaxia, el sabio Charles Richet, glorificaba la guerra en sus versos:

«... Alors, alors, guerre sanglante,  
quand ces martyrs tombent pour nous  
tu rayonnes, étincellante,  
et je t'adore à deux genoux»...

(Entonces, entonces, guerra sangrienta, cuando esos mártires caen por nosotros, tu destellas, y yo te adoro de rodillas) (1).

Y una vez finalizada la matanza, el mismo Richet escribe su «Homo stultus»... El teórico de la energética, W. Ostwald, profería violentas diatribas, proclamando de igual modo que «los 93», la solidaridad de la cultura alemana con el militarismo prusiano. El historiador Lasson, y también Stengel, Horner Lea, etc., negaban las verdades sociológicas e históricas más evidentes, con la misma rabia ciega que demostraban quienes negaban el ideal moral e incluso el ideal estético. (Es exactamente lo que ha pasado más tarde en los países totalitarios). Recordemos asimismo a Gerhardt Hauptmann, autor de «Los Tejedores» y a Mauricio Maeterlinck, que nos ha hablado de la vida de las abejas y del tesoro de los humildes y los pobres, y que a continuación ha escrito — ¡él, el poeta millonario! — los emponzoñados «Senderos de la montaña». ¡Y cuántos más podríamos citar!... No podemos perdonarles haber renegado de los ideales que ellos mismos habían proclamado. Repetimos: no podemos admitir las explicaciones retóricas o «psicológicas», ni las «psicosis» o las «fatalidades de la hora», o ese argumento según el cual «la existencia del Estado» debió primar sobre todo durante la conflagración mundial... Hemos perdido definitivamente nuestra ingenuidad y hoy día vemos por fin con claridad. Aquellos que supieron justamente elevarse por encima de las vanas pasiones políticas, aquellos que lograron ver más allá de lo aparente y que, habiéndose nutrido de la savia de la cultura habían creado a su vez guías morales y obras de enseñanza y meditación, debieron permanecer erguidos en sus puestos, inquebrantables durante la tempestad guerrera.

Eugen RELGIS

(1) Cf. mi ensayo «La literatura de la guerra y la Era nueva», escrito en 1918, en el capítulo III: «Algunos documentos»

## Lo religioso de Cervantes

«TODOS los grandes pensadores del reinado del Emperador -- asegura Cejador Frauca -- eran más o menos erasmistas o renacentistas en ideas y en arte, participando de ello hasta la gente sin letras, el pueblo, los señores y el mismo Carlos V, grande amigo de Erasmo. Pero con Felipe II, los pocos retrasados que quedaban y que, arrinconados, no habían cejado en su porfía, envalentonándose ahora con el modo de pensar del rey y de la Corte, que tras el rey va siempre, ganaron la batalla, y tan ganada, que a poco no quedó otro rastro de renacimiento en España que el italiano de pura forma,

el erasmismo, mirado con malos ojos y confundido con la heterodoxia, desapareció enteramente.» «Los erasmistas pretendían curar a la Iglesia de sus lacras humanas.»

Cervantes no era un heterodoxo, ni tampoco un erasmista declarado, si bien debió de simpatizar con las manifestaciones más atrevidas del pensamiento, esenciando su fe religiosa con extractos contrapuestos hasta elaborar el suyo. «Sin Erasmo -- dice Américo Castro --, Cervantes no hubiera sido lo que fué.»

Miguel de Cervantes esquivó lo mejor que pudo los rigores de la Inquisición, ya que no los demás



rigores, siendo éste su único rasgo de suerte. Sin la Inquisición, sin las trabas que impedían los vuelos del pensamiento, en un ambiente de tolerancia, hambreado menos, conociendo la holgura, viviendo sin atosigamientos, ¿puede siquiera sospecharse ahora que poseemos el «Quijote», lo que Cervantes hubiera desarrollado con su pluma? Falta saber si el «Quijote» tendría la misma traza escrito en otro ambiente. Si no una obra herética, porque el autor jamás desmintió su formación religiosa y fiel a ella vivió y murió, parte de lo que hay en el «Quijote» entre líneas, como, por ejemplo, el desastre de Túnez y la consideración a Sancho «con la Iglesia hemos tropezado», alusiva a la excomunión del propio Cervantes en Ecija, el escrutinio de los libros, las burlas de los estólidos duques, etc., etc., tal vez revelase otro lenguaje más contundente. Los que hacen caballo de matanza de su ingreso en la Orden Tercera de San Francisco, compañero del lobo y amigo de los pájaros, olvidan que cabalgó, por desgracia, en la mula del Santo, sobre que Asís es todo poesía y Cervantes poeta. Víctor Hugo muere diciendo: «creo en Dios»; muere inconfeso, porque el autor de «El Sueño del Papa», espíritu libre, creía a su modo y de nada le remordía la conciencia. Cervantes casi expiró con la pluma en la mano.

Puesto ya el pie en el estribo,  
con las ansias de la muerte...

Los mayores escarnios contra Cervantes proceden de la clase religiosa. Curas y frailes le asaetean a epigramas, o le insultan abiertamente, como Lope de Vega: flechazos del envidioso Góngora, sacerdote de coro alto; desdenes de Hortensio Félix Paravicino, orador sagrado; desprecios de Gracián, jesuita; asechanzas de Blanco de Paz, fraile; miserias de Luis Aliaga, confesor de Felipe III; arterías de Argensola, secretario del Conde Lemos. Por recto cumplidor de su deber, el clero de Ecija, el abad de aquella Colegiata, al incautarse del trigo de los diezmos, siendo aprovisionador de la Invencible, prorrumpe en anatemas excomulgatorios contra el comisario Cervantes. Al consentir el duque de Béjar que Miguel le dedique la primera parte del «Quijote», su capellán, a mesa y manteles, increpa al aristócrata por su condescendencia, sin respeto del autor, que escucha el repudio. Nombran virrey de Nápoles al conde de Lemos, y al escoger los hermanos Argensola el acompañamiento, la cortecilla del mecenas de Cervantes, a éste lo descartan.

A mediados del año 1614, apareció en Tarragona una continuación de la primera parte del «Quijote» como parto del licenciado Alonso Fernández Avellaneda, natural de Tordesillas. Este era un nombre postizo, bajo el cual se encubría aquel plagia-

rio descocado, que en vida del autor primitivo le defraudaba del título y del asunto de su libro. No ha sido dable desenmarañar su verdadero nombre, pero se conceptúa positivo, por las pesquisas de Mayáns, de P. Murillo y de Pellicer, que era un aragonés, dominico del convento de Predicadores de Zaragoza y uno de los autores de comedias, a quien tan chistosamente había motejado Cervantes en la primera parte del «Quijote». A fuer de salteador que zahiere a sus despojados, el supuesto Avellaneda encabezaba su libro vaciando la hiel de un pecho todo carcomido de celos rencorosos, y descargando sobre Cervantes soeces desvergüenzas. Tratábale de manco, viejo, adusto y calumniador; le tildaba sus desventuras, su encarcelamiento y su desamparo; le tachaba, en fin, de carecer de ingenio y de agudeza, y se jactaba de privarle de su segunda parte. Todo esto es como para simpatizar con el clero.

Si alguno pudo mostrarse anticlerical -- de haber sido esto factible con los Felipes -- fué Miguel de Cervantes Saavedra. Comenta Babelou ciertas declaraciones de Cervantes en «Persiles y Sigismunda», y dice: «La verdad es que estas declaraciones en nada rozan el dominio dogmático. No se ve afirmar sino un cristianismo esencial que voluntariamente queda al margen o por encima de un formalismo demasiado riguroso. El ceremonial, las manifestaciones rutinarias de la piedad no parecen a Cervantes al abrigo de una dulce ironía. Es de San Pablo del que ha extraído la concepción de una religión más íntima, más en relación directa con Dios y la gracia santificante, de San Pablo, al que cita a menudo y del que está penetrado, y de ciertos místicos mirados por la Iglesia con desconfianza. Con estos pocos trozos se puede componer la fisonomía moral y religiosa de un hombre cuya piedad fundamental no siempre retiene el valor de lo cómico, pero que no se deja ir nunca a las mordaces exageraciones de que se encuentran en los «Coloquios» de Erasmo, en los «Sueños» de Quevedo, o en el «Lazarillo de Tormes». No hagamos tampoco de él un teórico o un propagandista. Todo esto determina solamente la actitud de un espíritu que refleja las preocupaciones de su tiempo, más bien que el partidario determinado de un sistema de reformas».

Ocurre con el pensamiento de Cervantes en materia de religión lo que con su propia vida privada, que aparece en sus obras entre líneas. No cabe encuadrarle en el marco estrecho de la ortodoxia, como no cabe hoy situar a Tolstoi en ese mismo marco siendo un creyente del Evangelio. Todo lo demás a este respecto sobre Miguel de Cervantes, de cualquier lado que parta, es demagogia.

PUYOL



# ANTIFASCISMO

# ○ ANARQUISMO

Publicado en «Pensiero e Volontà» de Roma (número 11, 1 junio (1924) y número 12, 15 junio 1924) con el título «República y Revolución». Los subtítulos y las itálicas son del traductor del italiano al francés (A. Prunier).

**R**EPRODUCIMOS en «Cénit» este trabajo de Malatesta, porque de muchos de los conceptos en él vertidos se demostró la aguda visión en 1936, durante las diversas etapas de nuestra Revolución. Y el tema es de permanente actualidad, planteándose el mismo problema hoy en Italia y en España y en cuantos países se encuentran sometidos a dictaduras.

La claridad de juicio de Malatesta y su forma directa y simple de expresarse, sitúan el problema de la lucha contra el fascismo y de la misión de los anarquistas en todo hecho revolucionario como nadie podrá aún hoy superar. Merece ser releído y reflexionado por todos los antifascistas sinceros y por cuantos pueden haber sido extraviados por las consecuencias y las circunstancias de la propia lucha.

Nos hemos declarado dispuestos a tomar parte en no importa qué movimiento insurreccional cuya finalidad fuese la conquista de una gran libertad y de una mayor justicia.

Esta afirmación ha hecho creer, equivocadamente, a algunas personas ignorantes de nuestras ideas, que nos daríamos por satisfechos, a título provisional, con una república calificada de «social» o de «federalista», en honor de las circunstancias. Incluso alguno nos ha enviado artículos de propaganda específicamente republicana, manifestando la seguridad de su publicación, ¡como si nosotros fuésemos un órgano de expresión de esa concepción política!

No parece necesario emplear muchas palabras en torno de este tema, teniendo en cuenta que los anarquistas no han dado jamás motivo a equívocos en sus relaciones con los republicanos. No estará de más, sin embargo, de que tratemos nuevamente el asunto, ya que el peligro de la confusión aparece siempre en términos agudos, cuando quiere usarse de la propaganda a la acción y cuando precisa, en consecuencia, coordinar el trabajo propio con el de las otras fuerzas que toman parte en la lucha. Ciertamente, es difícil de distinguir con claridad dónde termina la cooperación útil en la lucha contra el enemigo común y dónde comienza el compromiso de principios y la fusión práctica que conducen al enemigo débil a la renuncia de sus finalidades específicas.

## PROBABILIDAD DE LA REPUBLICA

Urge extenderse sobre esta cuestión de la República, pues una crisis política se prepara más o menos rápidamente y el régimen que de ella saldrá será probablemente un régimen republicano.

Satisfaciéndonos, aunque sea provisionalmente, el advenimiento de una República, traicionaríamos no solamente nuestras finalidades anarquistas, sino también las aspiraciones igualitarias y libertarias de los propios republicanos, y con ello entendemos aquello que por medio de la República la mayor parte de los trabajadores republicanos se propone realizar: aquellas asimismo que defienden todos esos

jóvenes que, aun encontrándose en situación privilegiada, están animados por una necesidad de justicia que les hace sentirse solidarios de los trabajadores.

Decimos que el régimen que reemplazará en Italia a las instituciones en vigor será probablemente la República. En efecto, ¿qué otro régimen de convivencia política puede sustituir inmediatamente a las instituciones que nos ha dado el fascismo y que están comprometidas con él? No queremos ejercer de profetas y prever cuánto tiempo durará todavía la dominación fascista, pues nuestros deseos podrían darnos optimismo excesivo; pero, teniéndolo todo en cuenta, nos está permitido creer que Italia no se dejará degradar por ese retorno a la barbarie medioeval, y que un día u otro, ella sabrá sacudir el yugo que lleva al cuello.

Pero, ¿y después?

Las gentes sólo se ponen en movimiento por algo de inmediatamente realizable, y, en el fondo, tienen razón: no se vive solamente de negaciones y, cuando no se tiene nada nuevo que establecer, se vuelve fatalmente a lo viejo.

Un retorno a las condiciones de antes de la guerra y de antes del fascismo, no nos parece factible y sería ciertamente una desgracia que hemos de hacer todo lo posible por evitar.

La Anarquía no es comprendida aún por la gran mayoría de los hombres y no se puede razonablemente esperar que, de un día al otro, las masas italianas, todas las masas, quieran o sepan organizar por ellas mismas la vida social, por el libre acuerdo, sin esperar las órdenes de los jefes y sin imposición de ninguna clase. Habitado a ser gobernado, el pueblo, salvo la pequeña fracción que ha llegado a la concepción anarquista, no echará abajo un gobierno más que para substituirle con otro gobierno, que espera será mejor que el derribado.

Excluyendo, pues, como indeseable, el retorno a la hipocresía monárquico-constitucional (que nos llevaría a un nuevo fascismo cuando la monarquía y la burguesía se verían nuevamente en peligro) y excluyendo la Anarquía, como inaplicable inmediatamente, sólo vemos dos salidas: o la dictadura llamada «comunista», o la república democrática.

La dictadura comunista no nos parece tener muchas pro-



babilidades de éxito, ni incluso temporalmente; en primer término, por lo reducido de sus efectivos y después por su espíritu autoritario, que no conseguiría imponerse en un movimiento motivado ante todo por una explosión de la necesidad de libertad.

Por otra parte, existen grandes dificultades prácticas que se oponen a la aplicación de su programa y que demuestran los nefastos resultados de la experiencia rusa. En lo que nos concierne, nada bueno podemos esperar de una dictadura comunista, ni más ni menos que del fascismo.

Resta la república, que obtendría la adhesión de los republicanos propiamente dichos, de los social-demócratas, de los proletarios ávidos de cambio, pero sin ideas bien determinadas sobre el porvenir de Italia y también de la masa de los burgueses, siempre dispuestos a apoyar todo gobierno que les parezca capaz de «garantizar el orden», el cual para ellos representa la seguridad de sus personas y la garantía de sus privilegios económicos.

Pero, ¿qué es la República?

### LA REPUBLICA SERA UNA DEMOCRACIA

Los republicanos, o mejor dicho, la parte de entre ellos que desea sinceramente un cambio radical de las instituciones sociales (y que por tanto es la más próxima a nosotros) parecen no comprender lo que es la República.

Dicen que «su» República no es como las otras repúblicas que existen o que han existido; que «su» república será social y federalista; que ella expropiará o por lo menos tasarán fuertemente a los capitalistas; dará la tierra a los campesinos; favorecerá el paso de los instrumentos de trabajo de las manos del capitalismo a las de las asociaciones obreras; respetará todas las libertades, todas las autonomías individuales, corporativas, locales, etc., etc.

Este es un lenguaje que puede tener dos interpretaciones: la interpretación anarquista o la interpretación dictatorial. La interpretación es anarquista, si esas bellas cosas se espera realizarlas a la escala de las minorías revolucionarias que, ignorando al gobierno o resistiéndole, las realizan por y para ellas mismas donde es posible hacerlo, buscando inmediatamente, por la propaganda y, por el ejemplo, el medio de arrastrar y de convencer la masa de la población. Es dictatorial, por el contrario, si se entiende tomar posesión del Poder por un golpe de fuerza e imponer a los otros su propio programa.

Pero de todas formas, este lenguaje no tiene sentido en tanto que lenguaje republicano.

La República es el gobierno democrático, mejor, es la sola democracia verdadera, tomada en la acepción de gobierno de la mayoría del pueblo por medio de sus representantes libremente elegidos.

Así, pues, un republicano puede decir cuáles son sus deseos, cuáles son los criterios que le guiarán como elector; cuáles son las proposiciones que hará o aprobará, si fuese elegido representante; pero no puede prometer cuál será la especie de república que saldrá de la «voluntad popular».

Es el Parlamento (o la Constituyente, como se quiera) el llamado a hacer la nueva Constitución y las leyes que se desprenderán de ella. La República resta república, incluso gobernada por los reaccionarios; ella no hace más que consolidar o paliar el viejo estado de cosas.

Todo lo que los republicanos pueden prometer que harán, es derribar por la violencia la monarquía. No habría, pues, rey ni Senado real, y ello representaría ciertamente un progreso. Pero un progreso de poca importancia práctica porque hoy la fuerza preponderante y determinante en los Estados es tal que el poder real no es más que un instrumento suyo; uno más en manos de oligarquías que saben muy bien prescindir de él, sin que por ello disminuya su maléfica influencia.

Por lo demás, lo que quieren los republicanos de obe-

diencia «socialista», ¿es verdaderamente la abolición del capitalismo, es decir, del derecho y de la posibilidad de descontar un beneficio sobre el trabajo ajeno por medio del monopolio de los medios de trabajo? ¿Acaso no es en realidad la transmisión de ese monopolio a otras manos? En cuanto a los demócratas y federalistas, nos parece verosímil que deseen mejorar la condición de las clases pobres, atenuando la explotación actual, pero no querrán lesionar el derecho del propietario a hacer trabajar a los otros por su propia cuenta; dejarían, pues, la vía abierta a todos los males que produce el derecho de propiedad capitalista.

¿Y a qué se reduce su federalismo? ¿Admiten ellos el derecho de las regiones y de las comunas a salir de la futura Federación y a elegir por sí mismas los grupos que mejor les convengan? ¿Admiten que un miembro de la futura Federación tenga el derecho de rechazar todo concurso militar o financiero para las cosas que no le parezcan bien?

Creemos que no, porque esto daría únicamente como base de la unidad nacional la sola voluntad libre de los federados, fuera de toda presión estatista; cosa que no nos parece compatible con las tradiciones y la mentalidad de los republicanos.

En realidad, se trataría solamente de una Confederación impuesta desde arriba, como las de Suiza, América o Alemania, que dejan a los federados siempre sometidos al grupo central y que, bajo el punto de vista estatal, militar y diplomático, en nada se diferencian de los Estados unitarios vecinos.

### REVOLUCION ANTIMONARQUICA, SI. ADHESION A LA REPUBLICA, NO.

Pero entonces, por qué y cómo podemos coincidir con los republicanos en un movimiento insurreccional?

Nos encontraríamos de acuerdo con los republicanos, en el hecho del levantamiento revolucionario, como, por otra parte, coincidiríamos con los comunistas en la expropiación de la burguesía, si unos y otros quisieran dejar a cada elemento del pueblo realizar su voluntad, por él y para él, sin esperar que ellos hubiesen erigido su Constitución o su Dictadura; pero no por ello nos convertiríamos en republicanos o comunistas estatales.

En una revolución, precisa distinguir bien, de una parte, el hecho *libertario* (la revuelta que destruye tanto como puede la autoridad del viejo régimen substituyéndolo por la vida del pueblo) y por otra, el hecho *gubernamental* que procura monopolizar la revolución y suprimir el máximo posible de las conquistas populares.

Toda la historia nos enseña que los progresos producidos por las revoluciones se obtuvieron en el periodo de efervescencia inicial, cuando no existía gobierno central reconocido o cuando el gobierno era demasiado débil para hacer frente abiertamente a la revolución. Luego, una vez constituido el gobierno, ha comenzado siempre la reacción, que ha servido los intereses de los antiguos poseedores o de los nuevos privilegiados y ha quitado a las masas todo cuanto les ha sido posible de sus conquistas y de sus realizaciones.

Nuestra tarea es, pues, promover la revolución aprovechando todas las ocasiones y de todas las fuerzas disponibles; nuestra tarea es empujar lo más adelante posible a la revolución, no solamente por la destrucción de la autoridad, sino también y sobre todo por la reconstrucción social, a base voluntaria experimental; nuestra tarea es mantenernos como adversarios de no importa qué autoridad antigua o nueva, ignorándola, tolerándola o combatiéndola, según el grado en que ella ignore, tolere o combata las realizaciones anarquistas.

Nosotros *no reconoceremos* la autoridad de la Constituyente republicana, como *no reconocemos* la del Parlamento monárquico.



Nosotros *toleraremos* la República, si el pueblo la quiere; podremos asimismo *encontrarnos ocasionalmente al lado de los republicanos combatiendo las tentativas de restauración o de dictadura*, pero pediremos, reivindicaremos, exigiremos para aquellos que no reconocen la autoridad de la República, el derecho de vivir fuera de la tutela y de la opresión estatales y de propagar sus ideas por la palabra y por el ejemplo.

Revolucionarios, sí; pero sobre todo anarquistas.

## II

El emigrado Carlos Francesco Ansaldi se ocupa, en «La Vox Republicana», de nuestras discusiones sobre el próximo porvenir, y, de una manera particular, de mi artículo «República y Revolución», aparecido en el último número de esta Revista. Ansaldi demuestra, en substancia, aspiraciones y deseos que se aproximan a los nuestros y quizá se confunden con ellos; pero se aleja, según me parece, de lo que es para mí el nudo del problema.

¿Cómo se puede, después de haber roto la violencia material de las instituciones en vigor, dirigirse hacia nuevos sistemas sociales y a quien pertenecerá, en este aspecto, el poder de decisión? No se trata, en nuestros debates actuales, del punto de llegada ideal (sobre el cual podríamos ponernos quizá todos de acuerdo, incluso Ansaldi) sino de las vías y de los medios que podrían conducirnos a la realización de nuestras aspiraciones comunes.

### LAS CONDICIONES PREVIAS DE UNA MARCHA HACIA LA LIBERTAD

Ante todo, los republicanos pertenecientes a la tendencia donde milita Ansaldi y que se califican de republicanos «sociales», «federalistas» o «sindicalistas», ¿piensan convocar, inmediatamente después de la caída del régimen actual, una «Constituyente» (cuerpo legislativo designado por sufragio universal) y someter la vida del pueblo a la Constitución votada por la mayoría de sus elegidos?

Pablo Albatrelli, otro escritor republicano, colaborador de «La Voz», dice claramente: sí. Pero, ¿qué dice de ello Ansaldi? ¿Qué dicen los republicanos «sociales y federalistas»?

«Nuestra República—dice Albatrelli—debe surgir de la voluntad directa del pueblo... Si la mayoría del pueblo italiano está con nosotros, tanto mejor. Pero nosotros no pretendemos hacer uso de ninguna violencia. Exigimos sólo que sea interrogado libremente, y no bajo la presión y las violencias de un poder ejecutivo sin escrúpulos y sin moral».

Así, pues, si la Constituyente votaba la Monarquía, los republicanos se someterían y todo el movimiento sólo habría servido para salvar y dar una nueva virginidad a esta monarquía que el fascismo va arrastrando junto con él al abismo.

Pero, ¿dónde va a parar en todo esto la condición previa antimonárquica planteada por la doctrina republicana? Albatrelli propone al partido «de conservarla celosamente en su programa particular, pero de no presentarla a una oposición posible como se presenta una letra de cambio a descontar por prioridad».

Nosotros creíamos que la condición previa antimonárquica significaba, por parte de los republicanos, la convicción de que la institución monárquica paraliza todo el progreso político y social. Creíamos que los republicanos reconocían que tanto como dure el sistema real, no habrá garantía de libertad ni posibilidad de amplia y general educación de las multitudes. ¿Hay que recordar a Albatrelli el hecho de que cincuenta años de propaganda republicana, socialista y anarquista bajo la monarquía han conducido al fascismo?

Para nosotros, a la condición previa antimonárquica hay

que añadir también la condición previa anticapitalista. Pero los republicanos, que dan una importancia primordial a la forma política, deberían exigir para la nación, como punto de partida, la República. De otra forma, su republicanismo se reduciría a una afirmación de ideal lejano, a una vaga «tendencia secreta» que podría ser aceptada también por Mussolini y Víctor Manuel.

### LA CONSTITUYENTE Y LA CONTRARREVOLUCION

En verdad, es preciso decirlo. No es probable que una Constituyente convocada después de la caída del fascismo se pronunciase por la monarquía. La masa del pueblo está cansada de realeza y siente avidez de cambios. Y la burguesía tiene necesidad de orden y tranquilidad, que, en estas circunstancias, se encontrará más satisfecha por una República (dotada de todas las ilusiones que cristalizan los nuevos regímenes), mejor que por la conservación paradójica de una de las instituciones contra las cuales el movimiento insurreccional habría sido orientado. Pero por otra parte es muy probable, casi cierto, que la Constituyente, siendo lo que puede ser un cuerpo legislativo nombrado en las actuales condiciones morales y económicas del pueblo italiano, estaría compuesta en su mayoría por conservadores y por clericales, por propietarios y por abogados representantes de los intereses reaccionarios, y todo esto nos daría una república conservadora y clerical como la que fué fundada en Francia a la caída del segundo imperio y que, después de más de cincuenta años, es todavía la república centralizadora y capitalista de hoy.

Aparte el problema de *derecho* (y es sabido que nosotros no reconocemos el derecho de la mayoría a imponerse por la fuerza a la minoría); aparte el problema de *hecho* (y constatamos que ninguna amalgama electoral no ha conseguido elegir una representación que exprese verdaderamente la voluntad de la mayoría); aparte, pues, todas estas dificultades, perjudiciales para la existencia de una verdadera democracia, restan todavía éstas:

1.º En régimen *capitalista*, cuando la sociedad está dividida en ricos y en pobres—en patronos de una parte y por la otra en obreros, cuyo pan depende de la voluntad de los patronos—no puede haber elecciones verdaderamente libres.

2.º En régimen *unitario*, en tanto que las regiones más evolucionadas explotan económicamente a las más atrasadas, o que las más atrasadas ganen en representación política conseguida gracias a las clases parasitarias semi-feudales, la centralización paraliza los progresos del conjunto y tiende a reducir a las provincias más avanzadas descendiendo al nivel de las más bajas.

«¡El pueblo libremente interrogado!», decía Albatrelli. Pero, ¿es posible que crea verdaderamente en la libertad de la consulta popular?

En algunas ciudades, entre las más importantes, y en algunas regiones más evolucionadas, los conservadores sin duda se eclipsarían, y la masa en la efervescencia revolucionaria, nombraría una mayoría compuesta de socialistas, de republicanos, de comunistas, e incluso de anarquistas, si éstos se prestasen a la comedia.

Pero aún así, sería engañarse a sí mismo pretender que las elecciones se producirían en régimen de libertad. Somos, desgraciadamente, un pueblo de violentos, enamorados de nuestro propio salvajismo, y las últimas experiencias de la guerra y del fascismo han exacerbado hasta el paroxismo todos nuestros peores instintos. Ni los dirigentes, los hombres más destacados, más populares, serían bastante prudentes para querer que la libertad de cada uno fuese respetada; la imposición, el fraude, la brutalidad, tendrían más influencia, en la designación de los representantes, que la voluntad libre e inteligente de la mayoría de los ciudadanos.



De una parte, el voto rojo en los centros obreros se sentiría demasiado de la guerra civil, para expresar la verdadera situación, para ser honradamente democrático.

Por otra parte, el extremismo violento de ciertas villas y de las «regiones subversivas», tendría como contrapeso el extremismo no menos violento de las múltiples Vendéas de Italia. Unas veces las elecciones se harían bajo la presión económica y moral de los patronos y de los curas; otras veces tendrían lugar en la atmósfera demagógica irresponsable de la revancha. Los desocupados, entre nosotros, están siempre dispuestos a poner la estaca al servicio de cualquiera que pueda retribuir sus hazañas. Sin gran esfuerzo podemos imaginar lo que saldría de tales elecciones: el acuerdo sin principio o la confusión.

¿Qué hacer entonces? Repetir con la Constitución italiana la historia de la Convención francesa de 1792-93, donde los partidos se guillotinaron los unos a los otros y prepararon el camino de Bonaparte; o bien seguir el ejemplo de la asamblea «rural», de 1871 que empezó su obra con la masacre de los comunistas y la continuó convirtiéndose en el símbolo y el escudo de la reacción clerical burguesa.

### ¿QUE ENTENDEMOS NOSOTROS POR REVOLUCION SOCIAL?

Pero, nos preguntarán, si no queréis la Constituyente, ¿qué es lo que queréis?

¡La Revolución! Y por revolución nosotros no entendemos solamente el episodio insurreccional. La insurrección, sin duda, es necesaria, pues es poco probable que el régimen caiga en ruinas solo, sin que sea necesario un empujón para derribarlo. Pero la insurrección sería estéril, si no era seguida de la liberación de todas las fuerzas latentes del pueblo y servía solamente para substituir a un estado de coacción que todos repudiamos, una coacción y una alienación nuevas.

La verdadera revolución, es la libre creación de nuevas instituciones, de nuevos grupos, de nuevas relaciones humanas; es la destrucción ampliamente emprendida de los privilegios y de los monopolios; es un nuevo espíritu de justicia, de fraternidad y de libertad que empieza a renovar toda la vida social; es una elevación rápida del nivel moral y de las condiciones materiales de las masas; es el toque de alarma para los trabajadores, llamándoles a asumir, por su esfuerzo directo y consciente, la determinación de su propio destino. Es también la organización de todos los servicios públicos asumida por los que trabajan efectivamente para el interés general del público; es la destrucción progresiva de todos los resortes políticos levantados sobre la imposición, la autonomía de los grupos, de las comunas, de las regiones; la federación libre efectuada por el empuje de la fraternidad de los intereses colectivos e individuales, de las necesidades de la producción y de la defensa; es la constitución de miles de grupos privados correspondiendo a las ideas, a los deseos, a las necesidades, a los gustos de toda suerte que existen en la población; es el acto de formar, deshacer y reformar mil colectividades populares locales, comunales, regionales, nacionales, que, sin tener ningún poder legislativo, contribuirían a hacer conocer para que pudieran armonizarse, los deseos y los intereses de cada uno, facilitando informaciones, consejos y ejemplos. La verdadera revolución es, pues, la libertad forjada en el yunque de los hechos y por ellos demostrada. Esta revolución dura tanto como dura la libertad; es decir, hasta que un partido, o una coalición, restablece en provecho propio el monopolio político. Los nuevos poderes, aprovechándose de la fatiga que se produce en las masas, de las inevitables desilusiones de los hombres, consiguen entonces constituir un aparato unificado, apoyado sobre un ejército regular o sobre bandas de mercenarios que desarman al pueblo, detienen el movimien-

to en el punto a que ha llegado, e inauguran la reacción.

Ansaldi, a mi pregunta: «¿Cómo podéis saber de qué manera se orientará mañana vuestra República?», opone: «¿Cómo sabéis de qué manera se orientará vuestro anarquismo?»

¡Piensa que nosotros lo ignoramos y tiene razón!

¡Son demasiado numerosos y en exceso complejos los factores de la historia; son demasiado inciertas y reversibles las voluntades humanas, para que nadie pueda pretender seriamente profetizar el porvenir!

Pero la diferencia entre nosotros y los republicanos estriba en que nuestro anarquismo, que nosotros no queremos cristalizar en dogmas ni imponer por la fuerza, será lo que podrá ser, como sucesión social, experiencia libre, autodefinición de los hombres y él se desarrollará a medida que los hombres y las instituciones irán siendo más favorables a la libertad y a la justicia integrales.

Mientras que los republicanos han tenido siempre esta pretensión de conseguir formular una *ley general*, que, por definición, debe ser obligatoria para todos y debe, por tanto, imponerse necesariamente a los recalcitrantes por la fuerza material. Que los republicanos renuncien al uso del gendarme, y pronto llegaremos a entendernos ellos y nosotros.

### CONCLUSION

Es posible, incluso casi seguro, que la futura sublevación llevará a una República. Pero esta República será «social» en la medida que las reformas sean introducidas, desde el principio, en el hecho mismo de la insurrección; será «federalista» solamente si la unidad estatal ha sido previamente rota por la iniciativa popular y la autonomía comunal y regional afirmada con los hechos. Y la reacción, a la cual tiende, por su naturaleza misma, cada gobierno, será tanto menos eficaz cuanto más profundas hayan sido las reformas de base efectuadas antes de la estabilización gubernamental.

Si, por el contrario, como parece ser la intención de los republicanos, se empieza por la Constituyente, para proceder luego a las reformas más deseadas por medio de la misma Constituyente, el levantamiento antifascista será estéril y no aportará más que escasas ventajas a los trabajadores y al pueblo en general.

En él participaremos, pese a todo, pero será para trabajar entre las multitudes, al margen de la Constituyente y contra la Constituyente si es preciso, a fin de sacar de la situación, sea la que fuere, el mayor provecho posible en favor de nuestras ideas, en favor de la libertad y de la justicia.

Errico MALATESTA

P. S.—He dicho en los artículos «República y Revolución» lo que pienso del programa republicano. Añadiré solamente esto: temo que algunos compañeros se ilusionen creyendo contar con la ayuda de «federalistas» que no existen en Italia ni fuera de Italia. La idea de Estado es, por su naturaleza misma, opuesta a la Federación. En teoría, el que es partidario del Estado (el que no es por tanto anarquista) no puede ser federalista. En la práctica, cada federación política no es más que un grupo de pequeños Estados bajo un poder central, el cual tiende continuamente a disminuir y a suprimir las libertades locales.

Acepto que actualmente lo que apremia es la lucha contra el fascismo; pero me parece que es mejor actuar decididamente en este sentido con todos los que quieran efectivamente hacer algo, sin buscar afinidades que no existen. Así nos sentiremos más fuertes y correremos menos el riesgo de dejar de ser nosotros mismos.

Traducción del francés: F. MONTSENY.



## La Vida y los Libros

# «ZARABANDA FRANQUISTA»

DE CARLOS ESPLA - MÉXICO 1954



N algún lugar he escrito que en Valencia no hay artistas atormentados. Después de leer este libro, «Zarabanda franquista», de Carlos Esplá, que, por iniciativa de la simpática agrupación madrileña «Los Cuatro Gatos», acaba de salir de las prensas en México me afirmo más en aquella idea. En Valencia no hay artistas atormentados. Tierra de bonanza,

donde todo ríe y se engalana y viste de fiesta. De esa tierra es Carlos Esplá, fácil y opulento como ella, bueno como su paisaje vernáculo y como él también lleno de facetas sorprendentes. Una de ellas este humorista sano, reidor sin llegar a la carcajada, porque está hecho no de retruécanos a lo Muñoz Seca, sino de ironías y reticencias, propias del pathos y del ethos de los pueblos de la cuenca del Mediterráneo.

Hay pueblos que no saben sonreír: ríen a carcajadas como los niños. Tendrán vitalidad, pero les falta civilización, madurez. La risa es salud, ha escrito alguien, pero la sonrisa es civilización. Valencia es una tierra que sonríe. Y me imagino a Carlos Esplá, cuando escribía estas crónicas periodísticas que yo leía con gran regocijo en «España Nueva» y que ahora me es dado volver a leer en este volumen que debo a la galantería de mi buen amigo Fernando López Valencia. Necesariamente Carlos Esplá tuvo que escribirlas con una sonrisa en los labios, aunque en más de una ocasión le llorase el corazón por dentro. De lágrimas y de sonrisas está hecho este humorismo de Esplá. Por eso me conmueve. Charlot también me ha hecho llorar más de una vez. El humorismo cuando es humano no sólo alterna sino que simultanea las sonrisas y las lágrimas.

Este libro de Esplá me recuerda otro: «Palabras al viento», de Indalecio Prieto. El mejor elogio que puedo hacer de este libro, ameno y cordial, es este: empecé leyéndolo con una sonrisa en los labios y acabé leyéndolo con lágrimas en los ojos. Como el de Carlos Esplá, este libro de Prieto fué escrito sin pensar en la posteridad, sin preocupaciones literarias, a vuela pluma, como iba saliendo del corazón, en ese fluir de la palabra espontánea, destinada a la hoja volandera de la prensa diaria. Aquí, la emoción se desnuda del ropaje literario, porque lo que se destina a la hora que pasa, a la vida fugaz del momento cotidiano no exige el ornato y gala reservados para las grandes solemnidades. Y la sencillez con que se nos presenta esta emoción está más cerca de nosotros, nos es más familiar, nos habla más al corazón. Los asuntos,

el tema, exigen esta sencillez: cosas de crónica diaria, corrientes, de la calle o del café, gentes familiares, de rostros conocidos, que actuaron en la vida pública o se movieron en el retablo de la picaresca y bohemia de Bilbao o de Madrid. Y todo ello salpicado de un gracejo que alterna con las notas sentimentales. Prieto es un gran sentimental. Yo le he visto llorar hablando de España y a la vista de sus lágrimas, yo, que soy otro sentimentalón, también lloré.

Lágrimas y sonrisas motiva en nosotros la lectura de «Zarabanda franquista» y sonrisas y lágrimas motiva en el lector también «Palabras al viento». Dos libros distintos, escritos por dos temperamentos bien dispares. Prieto, norteño, apasionado, mejor aborascado como las aguas de su mar Cantábrico, y Esplá, valenciano, sosegado y placido, como las aguas latinas de su mar mediterráneo. Y, sin embargo, estos dos libros se identifican en la emoción de una añoranza dolorosa que a todos nos une: la de vernos tan lejos de aquella España, en cuyo suelo tuvimos nuestras cunas y en cuyas tierras posiblemente no tendremos nuestras tumbas... Para hallar un parangón a estos libros hay que remontarse al siglo pasado. Las páginas de estos libros son auténticos artículos de costumbres como aquellos de Larra, con la diferencia de que en estos libros el gracejo y la ironía suavizan las aristas de la mordacidad. Larra era más incisivo, más implacable, mordía. Prieto en ocasiones se encabrita, muerde a veces, pero suele —y con frecuencia— resolver toda la acritud de una reacción violenta en una sonrisa burlona que se contagia al lector. Esplá rara vez se descompone; mantiene su sosiego hasta cuando se enfada: burla burlando ahonda y subraya los perfiles grotescos de los personajes que motiva estas crónicas, cuando no les arranca, en un arrebatado de niño que se cansa de jugar con sus muñecos y peleles, las estofas y los oropeles con que la vanidad de las circunstancias los adorna y nos los deja al desnudo. ¡Y qué risibles se nos antojan entonces estas pobrecitas figuras de retablo de la picaresca franquista! Empezando por Franco tres veces Franco y acabando por sus acólitos y amanuenses.

Nada hay que duela tanto como una burla. Más que el azote del flagelo duele el zurriagazo de una burla. Sobre todo cuando no se ha perdido el sentido del ridículo o cuando como en este caso, por perversión de ese sentido común y corriente, se tiene un concepto de la propia estimación excesivo, rayano en el endiosamiento. La burla entonces puede tener efectos mortales como los tuvo para Primo de Rivera. A Primo de Rivera lo mató la conciencia del ridículo. Y hay libros que, como



el de Esplá, son un arma: tienen punta acerada como las espadas. Me remito a Sarmiento, el enemigo implacable de los dictadores estancieros de la Argentina. Sarmiento tuvo para aquéllos conceptos mortíferos como estocadas. Esplá no emplea la estocada; le basta con emplear el alfilerazo para que los homúnculos y animáculos que hiere y zahiere se sientan molestos e incómodos. ¡Y malo, muy malo, cuando estos homúnculos, que la adulación endiosa, se sienten incómodos en sus sitios!

Pero en el humorismo de Carlos Esplá—y perdónad que insista—hay una calidad humana que está ausente en todos los panfletistas franceses y españoles que conozco. A vía de ejemplo podría señalar unas cuantas crónicas, pero no, no es posible, porque la elección no es fácil. **Cristo en el Barrio de las Latas**, **A golpes de bien o tiene razón don Alfonso Junco**, **Nuestros errores**, **Don Clodolfo votó**, **Se fué don Adolfo**, **La Virgen forastera**, **Fallas valencianas** y **Confesión de Serrano Suñer**, en la que hay un recuerdo emocionado para «el bueno, noble y santo Peiró». La blasfemia única es sencillamente deliciosa y Buena puntería me ha enternecido como tantas otras crónicas admirables de este libro. En resumen, «Zarabanda franquista» es un libro estupendo no sólo por su calidad literaria, sino por su calidad humana. No espere el lector hallar en él saña. La saña es algo morboso, como pasión al fin de atormentados. Y Carlos Esplá, ya lo he dicho antes, no es un atormentado. No quiere esto decir que no le duela el dolor de los suyos. Le duele y mucho. De ahí, este libro. El dolor no siempre se expresa a gritos; a veces se vela con una sonrisa, estoicismo elegante que consiste en disimular a los ojos de nuestros verdugos una lágrima.

«Nadie en lo alegre de la risa se fíe,  
porque en las almas que el dolor devora,  
el alma llora cuando el rostro ríe...»

Así dice Juan de Dios Peza, el poeta que sabe reír, cuando le llora el alma. Y eso nos dice también Carlos Esplá en las páginas de este libro, muchas de ellas antológicas. El también llora por dentro, aunque no pueda menos que sonreír ante situaciones tan cómicamente grotescas como las que ha sorprendido en la España imperial de los yugos y de las flechas. Esplá se divierte, sí, aunque le duela el alma, con esas escenas burlescas. Se divierte, sonríe y en ocasiones llora. Así es el humorismo de Carlos Esplá: chispazo que salta al choque del eslabón con el pedernal. No es el humorismo trabajosamente elaborado de un Jardiel Poncela, de un Camba o de un pobrecillo como Wenceslao Fernández Flores que, para bienquistarse con los homúnculos reinantes ha renunciado a la sonrisa. ¡Tanto puede el estómago!

Prieto en el prólogo, que ha escrito para «Zarabanda franquista», dice a propósito de Fernández Flores que se ha hecho íntimo de Francisco Franco y añade: «El cortesano y el humorista no se compadecen, ya que responden a tendencias dispares y contrapuestas». A menos—digo yo—que se avengan a hacer de bufón, único menester permitido a los humoristas y no humoristas en la corte burlesca del dictador. Y a ese menester se avino de buena gana Wenceslao Fernández Flores que, tiene alma de bufón como otros la tienen de sinvergüenzas. El humorismo español tuvo que expatriarse, como tuvo que expatriarse la hombría. En las cárceles no se ríe.

No puedo menos que recomendar el libro y felicitar al autor y a los amigos de «Los Cuatro Gatos» por la edición de «Zarabanda franquista», verdadero retablo de la vida española, por el cual he visto desfilar a entes y personajillos que me han movido a risa, y también a algún ser querido que, vuelto ahora a la vida por la pluma emocionada de Carlos Esplá, me ha hecho llorar.

Mariano Viñuales

# “Las aguas del Atlántico”

(Autor: Julio Patán. 32 pág. Ediciones Juveniles. Toulouse, 1954.)



**P**ROSA descriptiva, sobria y precisa. El asunto, si novela, la que llevamos dentro los hombres de una generación más que atormentada crucificada. La novela que asoma por las ventanas del alma al quemar de ciertas etapas, las más retrospectivas de nuestra vida de desarraigados. Aquella, en fin, en que nos paramos por primera vez, entre abatidos y acongojados, a contemplar el camino que quedó atrás.

No todo es caminar pecho adelante, quemar energías, prodigarnos conscientemente o por azar. No nos clavaban tampoco en el suelo los sinsabores de la tragedia ni la compensación que, a veces, trae consigo la lucha por ideales. El dolor, el accidente brusco, violento, a superar nuestra capacidad de resistencia,

nos anonada o nos aniquila. El presente, cuanto más movido, menos incita a meditar. Es la caída en el vacío, o el oleaje tempestuoso arrojándonos como fardos contra la orilla desierta, inhóspita, lo que invita a rememorar, novelando o no.

El destierro tiene a veces la categoría de un naufragio. O, pasando del autor a su personaje, el más suyo, nos clava en la tierra, o nos suspende de las nubes el más complejo de nuestros sentimientos: el que tiene en el hombre vibraciones más íntimas, más hondas.

En todo cuadro hay dos piezas independientes del marco; se trate de relato llano o de artificio imaginativo: las figuras y el fondo. Novela llama el autor al marco. Reparemos en el fondo.

Es el de nuestra guerra revolucionaria. La que nos



impusieron y nos impusimos nosotros mismos. La que empezó siendo macho para terminar en algo híbrido. Entre lo mucho a separar, a clasificar, está el entusiasmo al lado de la avidez morbosa; la generosidad contigua al cálculo artero; el heroísmo pared por medio con la cobardía; el sufrimiento, más o menos estoicamente soportado, mezclado con la expiación acongojada.

Hay varios matices de vencidos. Una revolución es una prueba de fuego. La inmensa tragedia de la evacuación del Norte hace saltar a añicos el cuadro escogido por Julio Patán. Rebasa la novela. Y en esa tragedia no se manifiesta más que la mínima porción del inmenso drama, ante el que la pluma se quiebra.

Aludimos a la vuelta del hombre por el fuero de sus instintos.

\* \* \*

El autor clava su pluma, inclemente a veces, en todo ello. ¿Pasión partidista? Es inseparable en todo juez que se llame Parte. En alarde de objetividad ampliamos que una revolución es algo que pide, que exige, demasiado de nuestros menguados recursos. Le es dado al hombre desencadenarla; raramente la capacidad de dominarla, encauzarla, fecundarla, hacerla madre en el sentido más excelso de la palabra. O la matamos o nos mata. ¿Victimarios los aprovechados, los mezquinos, los envanecidos, los nuevos ricos, los autoritarios de nuevo cuño? ¿Por qué no víctimas, también, a su manera?

El amigo Patán rinde tributo a la decisión, a la fe, al entusiasmo, al romanticismo, en suma, que pusieron ambos bandos separados por una línea de fuego, la que dividía en dos, en muchas, a España. El desertor, el desaprensivo, no es más a veces que un pájaro con arrobas de plomo en las alas. Podría escribirse de todas estas aves de vuelo caduco, el siguiente epitafio: «Aquí, sobre este muelle butacón ministerial o policíaco, en aquel olímpico buró de Comité, en el cuarto de banderas de más allá, en la tienda de máscaras y disfraces de la esquina, reposan los restos mortales de los que sucumbieron bajo el peso de sus insuficiencias. Roguemos por sus almas. Amén».

\* \*

¿El hombre vuelto por los fueros de sus instintos! Ese ha sido Lorenzo, y tantos Lorenzos como se apretujan después de haberse estrujado en el asalto a la embarcación salvadora. ¿Pánico? ¿Cobardía? No. Naturaleza reclama lo suyo. Un grito desgarrado de la especie. Eso es el instinto de conservación: especie pura y cristalina.

Hay dos vidas en nosotros. La que vivimos como individuos y la que vive la especie a través de nosotros. Ontogenia y filogenia. He aquí el verbo.

El hombre actual, «el homo sapiens», el de la edad de piedra y el de la época atómica, no es más que un boceto de hombre. La civilización es una capa de barniz. A la menor abolladura salta el troglodita. La especie es también un ser. Un ser supremo. Los hombres, todos los hombres, formamos la inmensa y prolija granulación celular de ese superorganismo, que tiene sus leyes, su anatomía y fisiología propias. Psicología de la historia, vida de la humanidad, progreso o regresión, no son más que manifestaciones y reacciones de la especie. Aludimos a ella, inconscientemente, «instintivamente», con todas estas palabras simbólicas.

Por cada Tejero que se suicida, por convincente que sea la causa de su extrema determinación, hay miles de lapas pegadas a la roca de la vida. A lo

sumo se suicida el hombre, simple célula; un pueblo nunca se suicida. Y a veces el suicidio es un deseo alocado de vivir. O lo que es lo mismo, una evasión del dolor insoportable. Se mata también ¡sarcástica paradoja! para vivir, que es otra forma de suicidarse.

En los frentes de España, entre trinchera y trinchera, batidos por mortíferos fuegos cruzados, aldeas, villorrios, pueblos, eran convertidos en montón informe de escombros. Pero sus habitantes, negándose a ser evacuados, vegetaban entre los materiales de demolición. Niños, ancianos y mujeres, al abrigo de la edad militar y de sus levadas, los dos extremos de una generación y la matriz generadora, replegados en sí mismos, ofrecían una tenaz resistencia a la muerte.

La vida acentúa su ritmo con el de la catástrofe. La repoblación se sincroniza con la destrucción. Filosóficamente observados, la relajación y el libertinaje que siguen y acompañan a la guerra, cumplen su misión biológica. Un misterioso mecanismo cubre las bajas en los efectivos humanos con mayor precisión que los generales cubren las que sufren los soldados de primera línea con movilizaciones y remplazos.

Julio Patán nos muestra que contiguo a la espeluznante tragedia, cuando parece que el firmamento cruje y se desploma sobre sus criaturas, cuando éstas, al parecer, no tienen más opción que resignarse fatalmente a la muerte, el instinto de conservación continúa, más que despierto, sobresaltado, sobreexcitado. Tejero, cede voluntariamente al sobresalto de tener que morir con la muerte voluntaria. Mientras que, a pocos pasos, sin apercibirse apenas del gesto numantino solitario, se rinde homenaje a la vida mediante el acto más inconsciente pero más categórico. Lo expresa muy bien el autor: «La vida no se detenía».

Tejero hace malo aquello tan español: «Nadie se muere la víspera».

\* \* \*

Desde el declive del romanticismo literario exigimos la subordinación de la fantasía al relato vivo con personajes de carne y hueso moviéndose en la salsa de su propio ambiente. La obra literaria de Zola fué, y sigue siendo, una de las más discutidas. No se discute a un autor por acaso, aunque por capricho más o menos, movidos por resentimientos y rivalidades de campanario, la discutieran resentidos que dábanse por lesionados en sus prejuicios morales, sociales, y políticos. Sus antagonistas de hoy empiezan a situar el naturalismo literario en su época: una época de euforia positivista, analítica, científica.

La literatura naturalista—hoy realista—es un producto más de aquella aurora boreal eufórica. Los enunciados abstractos habían caído en descrédito. En literatura se recelaba de los artificios imaginativos, de los personajes y ambientes sin correspondencia con la verdad objetiva. Se repudiaban los argumentos o tramas amanerados, más o menos «inspirados» y siempre relamidos. Todo lo pasado era mejor.

Reinaba un menosprecio absoluto por el presente que quería ser una evasión consentida de la prosaica realidad. El escritor buscaba abstraerse del vivir cotidiano que juzgaba demasiado vulgar y carente de interés narrativo y hasta indigno de él. Una especie de pedantería disimulada le llevaba de la mano hacia la poderosa seducción clásica.



La del naturalismo literario es la gran época de los sistemas y de lo sistemático o experimental. El siglo de oro del positivismo. Los escritores de esta escuela no se consideraban degradados por la contaminación materialista, ni aprensivos al manipular los motivos del vivir cotidiano. Rompieron con el tabú realista, y afrontando el asco, revolviendo el fango y la basura de la sociedad burguesa, fundaron una novela enraizada en la tierra madre. Y apareció en esa novela el tema social, la boca negra de la mina, el urbanismo no palaciego, el campo sin celajes bucólicos, los personajes sin goma ni almidón.

En la demolición hubo indudablemente excesos de celo. Hoy, la sobreestimación lateral de lo innoble y sórdido, de la sensualidad erótica, la ausencia de ironía sana y de humor higiénico, va encontrando su poder moderador. A cada época lo suyo. Pero el naturalismo en novela ha dejado un profundo surco en la literatura contemporánea. El poema tiene su república aparte. La fantasía sistemática y expansionista, invasora, su cementerio privado.

Julio Patán sigue huellas naturalistas. El último capítulo de su narración es, a nuestro entender, el más logrado. Constituye todo él un aguafuerte sentimental con el consiguiente contraste: Flor. El autor parece susurrarle: «¡Mujer, mujer, qué poco te conocemos! ¿Pero te conoces acaso a ti misma? Esfinge sin secreto, al decir de los desesperados, concentras en ti todas las fuerzas misteriosas de la naturaleza. Eres la más fiel guardiana de la especie por ser la más cercana a ella. Nuestra incompreensión de tu compleja psicología consiste en esto. Te

hallamos siempre en todas las encrucijadas de la trascendental función del amor y de la reproducción. Nuestro idealismo de hombres, nuestro quiotismo, se abate constantemente contra tu espíritu conservador, que es tu profunda misión biológica».

Flor, es el canto de sirena que cautiva y aprisiona a Lorenzo «para que la vida no se detenga». Después, la mujer, Flor en el caso, no espera. La fatalidad o la vacilación extravían a Lorenzo del camino de su Dulcinea. La mujer, la especie, Flor, no espera. Cumple su misión con el primer llegado.

\* \* \*

Y acabamos insistiendo en una vieja, si se quiere, manía nuestra. Hay un campo inexplorado de la novela. Si se nos permite el eufemismo diremos que el nuestro: el campo social-revolucionario español. Pocos han transitado este campo. Algunos diletantes lo hollaron: Baroja y Sender. El primero, con su pecado, con sus muchos pecados, purga la peor penitencia: la del olvido y el desprecio. Sender, autor de «Viaje a la aldea del crimen» (Casas Viejas) y de «Siete domingos rojos», es también autor de «Contraataque», narración abyecta, calumniosa, dictada por Moscú.

El anarco-sindicalismo español, el movimiento anarquista ibérico, constituye, con sus episodios incandescentes, con sus figuras de fuego, una fuente de inspiración virgen para la escuela literaria moderna. Ahí está el ambiente, ahí están los hechos, ahí están los hombres. Falta solamente la pluma maestra y el ojo penetrante para que la obra poderosa, impresionante, surja.

José PEIRATS

## ENSAYO



## POLVAREDA COSMICA

### Las Rutas Nocturnas. El Sol, estrella diurna



NONADA pensar cuál sería el asombro de los primeros habitantes de la Tierra, ignorantes del origen y consecuencias de cuanto les rodeaba, encontrarse ante el complejo cuadro de la Naturaleza, tanto en sus partes asequibles como en las exentas de toda proximidad y contacto.

El fenómeno que les debió impresionar con mayor intensidad sería el de la sucesión de los días y las noches; después el de las tempestades, y luego el de la división de la superficie terrestre en sólida y líquida.

El día debió ser lo más atractivo, pero la noche les sería admirable también, a pesar de que, faltos de luz casi en absoluto, no podían realizar labores de clase alguna, y fatalmente, la hubiesen de dedicar al descanso, y todo lo más a labores muy rudimentarias.

Estoy seguro que regañaron con el Sol y le dirigieron mil improperios, hasta que la costumbre les familiarizaba

con la noche. Primero por fuerza, después por sumisión obligada. Y he aquí el primer tiempo de la Sonata de los milenios: la majestad de la polvareda cósmica. He aquí la negrura incompleta por la presencia de millones de puntos de luz, pero no fijos, sino en movimiento como los granos de polvo que el viento empuja.

Quizás llegaron a generalizar nuestros remotos antecesores, pero, fijándose más y más, debió admirarles una nueva condición, la de haber puntos luminosos de diferentes actividades orbitales; que seguían rutas propias que aportaban diversidad en la armonía. Y lo más importante era, que existía una estrella tan grande que eclipsaba a todas las demás juntas y que aparecía y desaparecía metódicamente. Las dos primeras palabras, ¡quién sabe en qué idioma!, debieron ser *Día* y *Noche*. Y lo segundo una doble pregunta: ¿Qué pasa aquí? ¿Qué es todo esto? Porque no podrían comprender «Las rutas nocturnas» diversas en cada familia de astros, ni que el Sol fuese una estrella más, siendo así que las eclipsaba a todas.



¿Y la Luna? ¿Qué era y para qué era la Luna? Debieron torturar sus cerebros para comprender. Hubieron de pasar largos plazos de tiempo para coordinar sus torpes impresiones y dedicarse a observar serenamente lo que se repetía con tanta exactitud. Fijarse es disponerse a observar y observar es hacer Ciencia. Y así debió nacer ésta, ante el latigazo irresistible de la luz del Sol todas las mañanas. Ante la solemne curva sobre el fondo celeste de todos los días. Ante los cambios de lo que después se llamó *Luna*, todos los meses. Ante las alternativas de las cuatro estaciones todos los años. Ante la estrecha relación del conjunto de cosas continuamente.

Había dos pizarras en las que estaban planteados todos los problemas: la azul, que capitaneaba el Sol, y la negra, que capitaneaban la Luna y las estrellas. Dos pizarras inmensas que se alternaban sin cesar. Dos pizarras en que se sucedían exactamente todos los hechos, y los hombres, por fin, empezaron a leer en ellas y comprender los principios fundamentales de tan vasto mecanismo.

Muy fácil es aprender con ayuda de los maestros. Muy fácil es repetir lo que otro dice, pero es muy difícil interpretar directamente el lenguaje de la Naturaleza.

Pero para que nacieran los Maestros hacía falta mucho tiempo y mucha abnegación, mucha serenidad y mucha calma, mucho recogimiento y mucha bondad, y de todo hubo, pero el grano vino acompañado de mucha paja. Las verdades llegaban acompañadas de mentiras, de falsas interpretaciones y de conveniencias disfrazadas de nobles anhelos.

La comprensión relativa de la Arquitectura dinámica del Universo es labor muy paciente, muy lenta, muy desinteresada. Además, parece única y es múltiple y variada. La polvareda cósmica es como el fondo de un cuadro luminoso sobre la que se desarrollan las fuerzas encauzadas de las rutas nocturnas, escena que el Sol disipa todas las mañanas en virtud de su poder de estrella diurna, y ¡el Hombre es tan pequeño! ¡Puede tan poco en este terreno de magnitud incomprensible, en esta plaza de bordes infinitos! Y cuantas más dudas, más pequeñez en el Hombre; cuantos más interrogantes menos respuestas y menos comprensión;

cuantas más ansias de saber mayor ignorancia. Y este microbio que se pierde de vista aun sin salirse el observador y el observado del mismo planeta en que nacieron, cree saberlo y comprenderlo todo y cree que se le castiga desde la inmensidad y la eternidad porque cometió faltas que él mismo ignora, y en consecuencia más las ignorarán los otros todavía.

He aquí la primera página del libro infinito del Universo que está a nuestra vista y a nuestra relativa comprensión. Pero muchísimas páginas siguen a ésta, sobre las que la Humanidad hubo de dirigir su mirada y enfocar su atención. Los detalles más insignificantes son, generalmente, planteamientos de grandes problemas. Por ejemplo, el Hombre puede vivir sobre una vieja estrella porque se interpuso una corteza de rocas con el fin de guardar el calor estelar en su corazón y hacer posible que se precipitara sobre esa corteza el agua que flota, con el fuego de todos los astros, en forma de gas.

A partir de aquí, llegan en tropel todos los fenómenos de la Biología y no antes. Estos fenómenos son de una complejidad extraordinaria, y la mayoría, de una pequeñez para la cual los hombres estamos ciegos aun con los más potentes microscopios, lo cual nos dice que existen multitud de mundos por orden de tamaños. Y, quizá, en esos mundos misteriosos que no veremos nunca, se aloje la solución de nuestra propia existencia. Y estas suposiciones, estas dudas e interrogantes que solicitamos al más allá de las concepciones corrientes, son los pasos idealistas y abstractos que debemos a nuestro interés de seres alejados de la vulgaridad y de la rutina y nos hacen aptos para alcanzar ciertas cumbres que nos ofrece la duda.

Nada más por hoy. Mi objeto queda cumplido, acuciando vuestras inteligencias hacia los cambios de posición mental necesarios para poder dialogar en beneficio de todos con esa polvareda cósmica, esas rutas nocturnas y ese Sol estrella diurna, que contienen multitud de interrogantes incontestados todavía.

Alberto CARSI

## PROSCRIPCION INMERITA



UNO de los refugiados o asilados y exilados políticos más luctuales de la Grecia clásica, fué Temístocles. Encendamos a su odisea la vela de un recuerdo mestizoso, los ruterios de la emigración española de nuestros días. A Temístocles le incriminaban sus enemigos, rémoras de su patria al propio tiempo, toda gama de cruces y flaquezas; difamándolo y ladrando del mismo las mayores perrerías. Decían que era producto clandestino de espurcicia negra; que estaba enajenadamente derretido por los huesos del pollo Antífates; que explotaba un mesón *meublé* y un expendio de fiambres de carne azul, en el istmo de Corinto; que se vendía los regalos que le hacían; que había con la política acumulado, en media Olimpiada, una fortuna de mil talentos (el talento valía unas 56.000 ptas. oro).

No le perdonaban su genio y su ingenio los ricachos cornigachos de Atenas; y, sobre todo, la afición que le mostraba la plebe. De un modo muy singular, los remeros, marineros y pilotos del Pireo. Creía Temístocles que la salvación de las libertades públicas y la salud misma del pueblo, eran algas que enraizaban en el puerto de la ciudad, hundiéndose de pies y de corazón en sus aguas rielantes. Y la inundación beluiforme asiática le dió la razón: contra lo que opinaban Milciades, Cimón, Aristides, los eginatas y el aliado lacedemonio; el jefe de cuyas fuerzas —Euribiades— hasta lo amenazó con romperle el bastón de mando en las costillas.

La clarividencia temistoclea les entró por los ojos, a la larga, a los topes, sin embargo, cuando 1.207 navas persas mastodónticas fueron echadas a pique o desbaratadas en la batalla de Salamina, por sólo 180 balandros del Atica, de estricto caderamen naya-



deo. La estrategia con que operó por tierra y por mar el general demócrata, contra el millón de cocciosos mitrales que acaudillaban los sátrapas de Jerges, fué de una sagacidad netamente ulisea. Dada la inferioridad del velamen de los griegos, el choque frontal con un enemigo que ya había, en las Termópilas, cascado a Leónidas, como una nuez, y tapaba como un paraguas toda la tierra firme continental, arrasándola igual que una langosta, auguraba un **knock-out** citerónico y un **Finis Graciae** seguros.

Hubo, pues, el estratega ateniense de contrabater la imperial fuerza bruta con las trancas mañas, que dieron el cambio a Ilión. Llamó primeramente el inspirado guerrillero y reclamó la atención del paquidermo invasor sobre la Costa Norte de Eubea; y dió con él en Artemisión un banquete opíparo a los peces. Entre tanto, con arteros amagos de coqueta, atrajo el grueso de la flota oriental a la angosta garganta, que separa a Salamina del litoral metropolitano. Y, en cuanto se alzó el viento que sopla en la dirección de los golfos, el solo ímpetu de las olas embotelló alineados y ahogados en el estrecho los barcos de Ariamenes; que uno a uno fueron desgranados de la sarta y enviados a dar memorias al dios del tridente o tenedor, estrellándose los unos contra los otros y contra las rocas costañas.

En fin, haciéndole silbar a Jerges por oficiosos correos, que iba a quemarle el puente de chalanas con que había atravesado el Helesponto, con lo que la verminera de sus enormes efectivos terrestres quedaba condenada a ganar el cielo santamente con el ayuno, obligó al ejército del rey de reyes a emprender con listo juego talar precipitada fuga, que no terminó en desbandada de vencejos, porque cubrió la retirada Mardonio. Inmensificado el prestigio de Temístocles con servicios tan relevantes, temió la celosa democracia ateniense que la gloria del paísano

se revolviere parricidamente contra la ciudad; y lo condenó al ostracismo, mandándole por la cabeza un pedrisco de conchas.

Se refugió el irradiado en la Argólida. Pero, inodado sin culpa en la traición de Pausanias, y reclamado judicialmente mas sin muela de juicio por Atenas, tuvo que huir a Corcira. Acosado aquí también por sus conciudadanos McCarthys, a la vez que por los lacedemonios, que no le perdonaban sus victorias, vióse forzado sucesivamente a pedir hospitalidad en Epiro a Admeto, rey de los molosos, y en Sicilia a Hierón. Ante la ominosa perspectiva de ser extraditado y vendida a buen precio su entrega, escapó a Asia, solicitando audazmente protección nada menos que de la Corte, cuyos manípulos anteriormente humillara con sus lauros de Artemisión y Salamina. Los palacios recibieron muy enojadamente al que llamaban «serpiente griega». Un capitán de mil hombres, de nombre Rojanes, estuvo a punto de matarlo, escocido por la benevolencia y el favor con que lo acogió Jerges. El sátrapa de Frigia le envió sicarios pisidios, especializados en el travesí, para que se lo frituraran.

Seguro el soberano de Persia, que los amargosos de su camarilla acabarían en una emboscada con el envidiado extranjero, lo expidió en comisión a Pagaza, en la frontera occidental del imperio, asignándole munificamente el señorío de tres ciudades (Magnesia, Lampsaco y Miunte) para su yantar, y de dos más para perfumarse y vestirse. Estos pulidos alfabetos gastaban con sus rivales bárbaros de Media; de los que la moderna grosería civilizada y plutodemocratizante tiene algo que aprender, para arreglar el tipo y ser digna de mirarse el perfil en el mar de las sirenas y en el cristal del color del Chipre, con que se entufaba Homero.

Angel SAMBLANCAT

## DE ESTO HACE 45 AÑOS



NO de nuestros abonados «krishnamurtiano» me escribe terminando cada vez sus cartas con el consejo de «vivir en el presente», ¡como si el presente existiese! El minuto, el segundo que acaba de pasar ya no es más del presente, y el segundo, el minuto que viene no se asemeja, en su contenido, al que ya pasó. Todo en mí está en estado de perpetuo cambio, de continua modificación. Proclamarse *presenteísta* es una relatividad y cuando de tal yo me calificué, bien sabía a lo que nos traerá este cambio, aunque lo preparemos con cuidado. Podemos retornar hacia el pasado y es lo que ha ocurrido hojeando los ejemplares de «L'Ere nouvelle» (La Era nueva)—tal era el nombre de la revista que yo editaba entonces—en 1902 y los años posteriores.

De esto hace cuarenta y cinco años y cuantos seres que yo conocía en aquel momento han desaparecido, entre ellos la compañera que yo tenía, María Kugel, que con tanta abnegación me secundaba. Cuarenta y cinco años, ¡casi una vida de hombre! Gran distancia hay desde el *Fin du Christ légendaire* hasta la *Initiation individualiste anarchiste* y nuestras

pequeñas reuniones, en nuestra casa, de la calle St-Severin y la calle François-Miron, en París, a las que ahora hacemos en el Bel-Air. Cuantas personalidades, camaradas perdidos de vista desde entonces, unos habiendo terminado su existencia, otros desvanecidos de mi horizonte. En aquella época era yo tolstoiano, pero sin sectarismo, y me había atraído, por un hecho estrictamente personal, la animosidad de ciertos protestantes notorios, a los cuales mucho les desagradaban las tesis que yo sostenía en materia sentimental-sexual, por ejemplo, «el casamiento natural». Sin embargo, alrededor de «La Era nueva», se habían reunido hombres cuyos nombres no están tal vez aún del todo borrados de la memoria de algunos anarquistas, como Ch. Hotz (Rhoten), Drugué del Havre, Lod van Mierop de Blarikum, Raoul Odin y Henry Zisly, del que no evoco la memoria sin recordarme de la amistad que siempre y en todas circunstancias me testimonió. Aprobado, calumniado, criticado, vilipendiado o aplaudido que fuese, Zisly nunca cambió en cuanto a mí. C. Papiillon, de París; Hamelin, de Trélazé; A. Fromentin (que nos envió una larga serie de artículos sobre la «Ciudad futura») y otros que se encontraban entre nuestros colaboradores. Nos ocupábamos mucho de las «colonias comunistas libertarias» y



estábamos relacionados con todas las tentativas que se desarrollaban entonces por el mundo. Hicimos cuanto pudimos para contribuir al establecimiento de la colonia de Vaux (Butaud y Sofia Zaikowska escribían en «La Era nueva») y estábamos en constantes relaciones con las colonias que actuaban en los Países Bajos. Visité la colonia de Vaux, cuando su apogeo, así como la de Blarikum (una parte de la población de Blarikum se precipitó un día hacia la imprenta y las casas de los colonos, incendiando todo y fué precisa la intervención de las tropas para circunscribir los daños; estos hechos motivaron la desaparición de la colonia). En un gran número de Universidades Populares de París y de la región Parisina, daba yo conferencias para exponer la tesis de la vida en común en las colonias comunistas libertarias. La tarea era fácil, pues surgían por todos lados, no sólo en Francia, sino en los Estados Unidos, en los Balkanes, en América del Sur. Nos interesábamos igualmente por los dukno-bores y sus dificultades con el gobierno canadiense.

\* \* \*

De 1902 a 1904 hice cortas estadias en Bélgica, en Holanda, en Suiza. Me acuerdo como si fuera ayer de mis encuentros con Eliseo Reclus, el cual se ocupaba de la educación del joven De Brouckère. Nunca he olvidado la impresión que me ha dejado Eliseo Reclus, sea en el curso de nuestras entrevistas en casa de Mme. De Brouckère, sea en otras partes de Bruselas. Una o dos veces fuimos a comer a un restaurant de la plaza Sablons. Era yo joven y, mientras que Reclus, vegetariano, consumía platos de legumbres, yo devoraba de buena gana mi chuleta. Pero él ni me miraba. Hoy, lo confieso, me haría vegetariano en su compañía. ¡Qué bondad emanaba de aquel hombre! ¡Y qué encanto cuando contaba una anécdota vivida en el curso de uno de sus viajes! No sólo conocí en Bruselas a Eliseo Reclus; me entrevisté también con Paul Gille, el que, en aquellos momentos, estaba algo en desacuerdo con los Reclus. Y bien me guardaría en olvidar a Emile Chapelier, el «Sebastien Faure» de Bélgica, también él animador de una colonia: «La nouvelle clairière», y a otros camarades de Amberes y de Lieja.

Encontré a Domela Nieuwenhuis en su casa de Hilversum, y no he olvidado que aquel día se tocaba allí una música muy bella. Siempre he seguido bien relacionado con Nieuwenhuis; era uno de esos hombres que no abandonan a sus amigos cuando se encuentran en dificultades. Recuerdo que el 20 de octubre de 1907, cuando yo estaba «hospitalizado» en La Santé (1), me escribió lo siguiente: «Si algo puedo hacer por usted, lo haré con placer, pues la suerte de un prisionero, aun cuando para las leyes es un culpable, me interesa mucho más que la de un rico bandido.» *Ecce Homo*.

También vi a su yerno Schermerhorn, el apóstol del antimilitarismo en los Países Bajos, que aún vive y es más que octogenario.

Siendo de origen hugonote Eliseo Reclus (cuyo padre había sido pastor y consideraba el pastorado como un apostolado) y Domela Nieuwenhuis (antiguo pastor él mismo) no mostraba ninguna hostilidad real frente al individualismo, hostilidad de la cual les alejaba su educación libre examinadora.

Naturalmente, bajo el cielo lavado de Neerlandia (2), mi primera visita había sido para el animador del movimiento anarquista cristiano y de Vrede (La Paz), Félix Ortt. Encontré entre los tolstoianos de aquel país a gentes de amplio espíritu y a otros que lo tenían más limitado. Encontré en Amersfoort (si mal no recuerdo) a una joven camarada llamada Christine Wassenburg, que colaboraba en un diario

para niños. Había vivido en París y frecuentaba a los pintores de Montparnasse (de los cuales había conservado algunos cuadros). Me sentí muy feliz al ser acogido por ella en su casa, a causa de su muy buen conocimiento del francés y de su franca afabilidad. Y de repente, me di cuenta que a causa de mi presencia en su casa, algunos anarquistas cristianos, me criticaban. ¿Era porque sus estadias en París habían hecho de ella una descreída? Al preguntarle a Fred van Eeden, haciéndole una visita, el motivo de tales críticas, se contentó con responderme con un: «¡Pero qué ingenuo es usted!» No fué la primera ni la última vez que se me dijo tal cosa.

No obstante, cuarenta y cinco años han pasado sin que aún sepa por qué se me criticaba el haber aceptado la hospitalidad de Christine W. Esto, desde luego, carece de importancia.

Van Eeden era autor muy conocido que orientaba el movimiento de *De Pionier*, movimiento de colonias y de cooperativas. Idealista y práctico al mismo tiempo, no pensaba en que un obrero calificado dejase su fábrica o su taller por una colonia si ésta no se encontraba en situación de asegurarle el mismo standard de vida que el que gozaba en la existencia normal.

Estaba también el doctor van Rees, que había ejercido en Indonesia y conocía muy bien los habitantes y la fauna de aquellos países. Narraba que las mujeres volvían al trabajo una hora después de haber parido. Creía en el instinto social de los animales: cuando una mona daba a luz, todos los monos de los alrededores cesaban de «murmurar», lo que en las selvas de Java hacían constantemente desde la madrugada a la noche.

Aparte de cierta estrechez de miras, concerniendo el problema sexual (y no siempre era el caso), en general encontré entre los anarquistas cristianos, tolstoianos y otros, muy honestas personas, íntegras, a veces escrupulosas en extremo. Conocí en Holanda a quienes no querían poner sus cartas en el buzón por no tener que recurrir a un servicio monopolizado por el Estado. Preferían llevarlas ellos mismos a domicilio. Y entre los naturales, vegetarianos, etc., cuántos fanáticos, curiosos sectarios, por ejemplo, los que erigían en dogma el dormir en el suelo, en contacto con la tierra pelada, lo que según ellos aseguraba una patente de larga vida. Testimonio de esto, aquella pareja de nudistas que, en pleno invierno, con el pretexto de fortificarlo, dejaban a su bebé, que tenía unas pocas semanas, todo desnudo acostado en el balcón. El pobre pequeño agarró una pulmonía y se fué a hacer «compañía a los ángeles».

\* \* \*

En Ginebra, en donde la policía cantonal me fastidió un poco, hice, entre otros, el conocimiento de Valentin Grandjean, que redactaba una revista sobre la vida sexual y que había escrito un pequeño volumen sobre la misma cuestión. Un día se me invitó a casa de Gros, quien me habló de Bakunin, agitador innato, personalidad desbordante de vida y de actividad, más individualista tal vez que muchos individualistas declarados, lo que no le impedía ser el teórico del anarquismo colectivista, como todos sabemos. Gross poseía una magnífica biblioteca en la que se destacaba un soberbio ejemplar encuadernado de *Leaves of Grass*, de Whitman, debidamente dedicado.

Más tarde oí hablar de Bakunin y de su «arrebato» por James Guillaume, que por casualidad vi un día en casa de Stock (1), plaza del *Théâtre-Français*. Me acuerdo escribiendo

(1) Prisión de París. (N. del T.)

(2) Neerland (Holanda) en holandés. (N. del T.)



de estas líneas, de una encantadora tarde de navidad, pasada en casa de Skarvan (¿era en Lausana o en Ginebra?), nazareno creyó y protagonista del antimilitarismo, que había enviado algunas notas a «La Era Nueva».

\*\*\*

Retornamos a París, en donde entré en contacto con tantas personas viniendo de todos los puntos del horizonte ideológico. Entre nuestros «conferenciantes» de la calle François-Miron, anotó a Jean Marestan, A. Daudé-Bancel, Charles Gide, Felicie Numietzka, etc. (A las ocho de la noche ofrecían una taza de té a los auditores, lo que había conducido a los bromistas el llamar a estas reuniones: «La Théire Nouvelle»—La Nueva Tetera—y se distribuían de cuando en cuando los productos de una cooperativa.) ¡Ah tiempos felices aquellos en donde costaba 100 francos 65 (tengo las cifras ante mis ojos) los 2.200 ejemplares de una revista formato in-8.º, 24 páginas, más cuatro páginas de cubierta!

El interés que «La Era Nueva» tenía por la colonia de Vaux, me había puesto en relaciones con los autores de *La Clairière*: Maurice Donnay y Lucien Descaves. Los cotidianos hablaban de los nuevos pioneros. En las reuniones que tenían lugar en «La Cloche», en el centro de París; no se admitía ya a más gente, tantos eran los que querían inscribirse. Allí fué donde ví por vez primera a Madeleine Pelletier, vestida de hombre y con botas altas.

Por aquel tiempo también hice mi primera visita a Grave en su cuarto de la calle Mouffetard, tan abarrotado de pilas de diarios e impresos, que yo pensaba cómo la estufa colocada en medio del cuarto no incendiaba todo aquello. Y a Charles Albert en su lindo piso cerca del parque Montsouris; él, tenía el concepto de que cada animador o propagandista debe crearse un medio, un grupo aparte, desde el momento que aporta algo de nuevo o de original.

Me falta lugar para hablar de los rusos que conocí en aquel entonces, por ejemplo Marejowsky, que me invitó a su casa, en el distrito dieciséis de París. El piso era burgués y los iconos no faltaban. Mme. Marejowsky, la poetisa bien conocida, no cesaba de fumar cigarrillos de té. Allí encontré a Philosophoff, que había sido por algún tiempo preceptor de Nicolás II. Según él, la mentalidad del emperador de todas las Rusias no era más alta que la de un coronel de su guardia. Me parece que lo ridiculizaba mucho. Me entrevisté también con otros rusos, menos célebres por cierto, pero originales, extravagantes. Algún día volveremos a entretenernos sobre ellos.

Pero, mientras tanto, no puedo silenciar al pope (1) Ivan Tregouboff, apóstol de la no violencia, como Tolstoi, pero propagandista ardiente de la *Huelga general*. Nosotros editamos un folleto debido a su pluma, en donde exponía su punto de vista, folleto que apenas se encuentra ahora. ¿Qué ha sido de él? Se me ha dicho que acabó fusilado.

Es hacia el fin de este período de mi historia cuando tuve la primera entrevista con Benjamín R. Tucker, quien debía tener tanto influencia sobre mi futura vida. Tucker, más reservado que Reclus o Nieuwenhuis, me hizo el efecto de un perfecto gentleman (2); quiero decir con esto, un hombre cultivado, cortés, pero firme, con el cual puede contarse, que no se vuelve atrás con su palabra y es incapaz de una acción baja. No manifestaba mucha ternura por el movimiento anarquista francés. Sin circunloquios me declaró abiertamente: «No podéis contarme a tres anarquistas en Francia». Pero, ¿quién eran esos tres? Es lo que nunca he sabido.

Fué algo más tarde cuando empecé a frecuentar *L'Anarchie*, Libertad y el grupo que lo rodeaba. Algún día volveré

a hablar de él, así como de otras personalidades a las cuales no he hecho alusión hasta ahora, por ejemplo, André Loru-lot, Han Ryner, Madeleine Vernet, etc.

\*\*\*

Existen menos polémicas actualmente entre los diferentes matices del arco iris anarquista, de las que hubo en aquella época o un poco más tarde. Se ha comprendido que las polémicas gastaaban un tiempo precioso y hacían derramar mucha tinta inútil. Si aún se hubiese tratado de polémica de ideas, de confrontación de tesis diferentes, un resultado educativo se hubiese podido obtener; pero, demasiado a menudo era contra las personas que estas polémicas se desencadenaban, cosa bien curiosa en un medio en el cual siempre se ha reservado a la persona humana el lugar que le corresponde. A fuerza de zaherir a éste, maldecir sin miramiento a aquél, se terminaba por precipitar en la duda y en la indiferencia a camaradas que, a distancia, no comprendían ya nada y se preguntaban si, acordando su confianza a tal propagandista o animador del movimiento, no habían sido moralmente estafados. He tomado personalmente parte en algunas de esas polémicas y no me siento orgulloso de ello. Era atacado, difamado, y yo respondía: ¡qué tontería! Además, más tarde, he visto a algunos de mis peores detractores volverse atrás en sus críticas, o de su mala fe, como Janvion (que rodó de mal en mal y terminó en el regazo de «la Acción Francesa»), suscribiéndose al «L'Endehors» (3) que le agradaba subrayar «el esfuerzo» y eso después de haberme desgarrado y aplastado en «l'Ennemi du Peuple»; como aún, Darien, que no cesó hasta el fin, en enviarme la «Revue de l'Impôt Unique». Hubiera querido hacer de mí un discípulo de Henri George. También él, en un congreso antimilitarista de Amsterdam, se había mostrado feroz conmigo. Y muchos otros de los cuales he olvidado el nombre y que me parece superfluo el citar.

Dejemos a cada propagandista, a cada movimiento, a cada periódico proseguir su ruta. Y, ¿qué es lo que nos califica para enjuiciar el modo con el cual el prójimo arregla su vida, evoluciona, tanto en lo público como en lo privado? ¿Tenemos en nosotros todos los elementos que inclinan a un ser, a determinarse en una dirección determinada mejor que en otra? Si alguien nos hace daño, nos perjudica, es comprensible que reaccionemos, desobedezcamos, y acudamos a nuestros amigos para obtener compensación o reparación, pero no llevemos nuestras diferencias a la plaza pública, y del sufrimiento que se nos impone, de la decepción que nos aflige; no hagamos un pretexto de teoría o una base de doctrina. Lo cual no quiere decir, por cierto, que de nuestras experiencias personales, no extraigamos enseñanzas, y que ciertos pequeños puntos de nuestras tesis no puedan ser modificados. Pero esto nada tiene que ver con la polémica de personas, en donde se esfuerzan por lanzar la sospecha, el descrédito, sobre tal animador, tal movimiento, tal propaganda, simplemente porque no nos agrada una personalidad (de la cual individualmente nunca tuvimos queja de ella) o una teoría (en la que nadie nos ha obligado a creer).

\*\*\*

Que se quiera o no, el anarquismo tiene dos polos: el individualismo y el comunismo, que se resume en esto: la rama individualista pone su acento sobre el individuo, célula de toda asociación voluntaria, sea cual sea el mantenimiento de la integridad de la persona y la garantía de su autonomía pesando antes que no importa qué otra consideración; la segunda rama insiste sobre el rol de la colectividad en la adquisición del bienestar de la unidad social. Una afirmación que la emancipación de la totalidad es función de la

(1) Sacerdote ruso. (N. del T.)

(2) En inglés, en el original. (N. del T.)

(3) Revista de E. Armand que fué suprimida en 1939 por un decreto gubernamental firmado por Daladier. (N. del T.)



unidad. La otra sostiene que en la emancipación de la totalidad, la unidad encuentra la suya. Una da a la educación y al libre examen un rol preponderante; la otra coloca en un plan primordial la acción revolucionaria y socialmente constructiva. Por consiguiente, si una rechaza la violencia, la menos sólo admitiéndola en última instancia y en caso de legítima defensa, la otra la preconiza o al menos la considera inevitable. Reflexionando bien, no se ve por qué las actividades que resultan de estos dos puntos de vista no pueden afirmarse sin combatirse, tanto más cuanto que las diferencias no son tan grandes, como lo indica lo que hemos expuesto. Hay individualistas que se sitúan en la frontera del comunismo libertario y hay comunistas libertarios que no se dejan disminuir su personalidad por una influencia gregaria, no importa el nombre con que se la disimule.

En la época en la que se coloca el principio de este artículo, muchos eran los «anarquistas-comunistas» rebeldes a la «organización» u hostiles e indiferentes a la tendencia sindicalista del anarquismo. Algunos anarquistas se negaban, en tiempo de huelga, a seguir las directivas sindicales y continuaban trabajando. No funcionaba «el calcetín de los clavos» para ellos, en caso de persecución a los «esquiroleros», en los lugares de trabajo. Se comprenderá que no entra en el cuadro de *L'Unique* (1) el profundizar los puntos de doctrina que entonces separaban a los anarquistas puros y a los anarco-sindicalistas.

\*\*\*

Se me ha demandado muchas veces, bajo pretexto de que eso favorecía la propaganda hecha por «L'En dehors» o «L'Unique», de renunciar a la palabra *anarquía*, o al menos de no nombrarla en las columnas de esos periódicos. Nunca he querido hacerlo y no es en este momento de mi carrera que voy a renegar de ella (2). No ignoro ninguna de las faltas y los errores de los anarquistas, comenzando por los míos. No ignoro tampoco que en diversas circuns-

tancias sus tácticas, sus métodos, han podido prestar el flanco a críticas que, en parte eran justificadas. Sé bien que por sus gestos, algunos anarquistas han desacreditado las ideas, las teorías y las doctrinas de que se reclamaban. Sé todo eso y mucho más, pero encuentro que los arquistas (1), demuestran una singular audacia cuando reprochan a los anarquistas ciertas «acciones directas» y algunos actos de «propaganda por los hechos». Los veo salpicados de sangre inocente, opresores, torturadores, hipócritas, perjuros, complaciéndose en la falsa apariencia, las falsas creencias y engañando a quien pueden. Y no les reconozco ningún derecho a dar lecciones a los anarquistas. Sé muy bien que el individualismo se arriesga en convertirse en egoísmo personal, el cual—no importa con el adjetivo que se le camufle (y aun si es peligroso y se le bautiza de heroico)—no es finalmente ni puro ni noble. Sé también que el comunismo se arriesga en enfangarse en el obrerismo (Camilo Berneri llamaba a esto la «obrerolatría»), finalizando en la exaltación de clase y en la exageración organizadora. Sé todo eso, pero yo soy anarquista y anarquista seguiré siendo. Pertenezco a ese vasto conjunto, a esa gran familia, la cual, en todos los lugares sus miembros niegan que tengan necesidad del Estado, de sus sucedáneos, de los parásitos que mantiene, de la intervención gubernamental para arreglar sus asuntos entre ellos, de unirse o aislarse según crean conveniente. Y es para mí un camarada, un hermano, cualquiera—comunista, libertario o individualista anarquista—sea cual sea su filosofía—que niegue la utilidad del controlador-dictador-legislador-regulador-Estado, inevitable mantenedor y sostenedor de la explotación del hombre por el hombre o la sociedad (y viceversa), para *asentar las relaciones y los acuerdos entre los hombres*. Que partiendo de este punto los caminos se separen, poco importa. Lo esencial, es el punto de partida.

E. ARMAND

(Traducción de Vladimir Muñoz.)

(1) Revista actual de E. Armand. (N. del T.)

(2) Armand es más que octogenario. (N. del T.)

(1) Es decir los «autoritarios». (N. del T.)

# Informe sobre el informe Kinsey



El informe del profesor Kinsey sobre «la conducta sexual de la mujer», con la acogida y la repercusión que ha tenido, arroja mucha más luz sobre la psicología del pueblo norteamericano que sobre la vida sexual del ser femenino.

El volumen publicado el mes pasado por el profesor Kinsey es complemento, del que vio la luz en 1948, acerca de «La conducta sexual del hombre». Al parecer, Kinsey tiene en proyecto toda una serie de estudios sobre cuestiones sexuales. El que acaba de dedicar a la mujer es un tomo de más de 800 páginas y para escribirlo, su autor ha necesitado quince años de investigaciones y la ayuda de trece colaboradores con los cuales ha trabajado en el «Instituto de Investigaciones sexuales» de la Universidad de Indiana, en la cual Kinsey es profesor de Zoología. Sus conclusiones, que en gran parte son simplemente datos estadísticos, están basadas en el interrogatorio efectuado a 5.940 mujeres norteamericanas.

La conclusión básica del libro de Kinsey es que sexualmente considerados el hombre y la mujer son

esencialmente idénticos. La diferencia de conducta sexual en el varón y la hembra se explicaría por razones exclusivamente psíquicas. De otro lado, la identidad genérica de ambos sexos no impide que la vida sexual ofrezca tantas variaciones como individuos y que el erotismo de la mujer especialmente oscile entre extremos más distantes que el del hombre. La afirmación más importante de Kinsey y la más opuesta a la creencia común, es la de que el hombre llega a la cima de su apetito sexual hacia los 16 o 17 años y que a partir de esta edad disminuye paulatinamente; en cambio, la mujer no llega a la madurez sexual hasta cerca de los 30 años y, al revés del hombre, su deseo erótico va en aumento hasta los cincuenta y tantos años y aún hasta los sesenta y tantos años. Es, pues, erróneo suponer que un matrimonio en que el marido lleve algunos años a la mujer, tiene más garantías de lograr la felicidad. Kinsey atribuye en parte este hecho de la sexualidad tardía de la mujer a las inhibiciones morales en que se la educa y de las que, con frecuencia, tarda años en liberarse. «Son la Iglesia, la escuela y el hogar las fuentes principales de inhibiciones sexuales, del disgusto por todos los



aspectos del sexo y del sentimiento de culpa que mucha mujeres llevan consigo al matrimonio».

Los últimos treinta años han contemplado una verdadera revolución en la vida sexual de la mujer: el número de esposas frías ha disminuído y Kinsey relaciona este dato con el aumento de libertad logrado por la mujer.

En cuanto a las estadísticas, y para no aburrir al lector con una infinidad de porcentajes de escaso interés, nos limitaremos a señalar que las de mayor peso y las que más disputas han suscitado, son éstas: Relaciones sexuales antes de casarse las tienen el 50 por ciento de las mujeres y prácticamente todos los hombres. Relaciones adúlteras las tienen el 25 por ciento de las esposas y el 50 por ciento de los maridos.

Respondiendo a las primeras críticas que se le han hecho, Kinsey ha insistido en que su pretensión exclusiva ha sido presentar hechos no interpretarlos; que él no es más que un hombre de ciencia, a quien como tal no le concierne la cuestión moral de lo bueno y de lo malo; y, finalmente, que él se da cuenta del alcance parcial de los datos obtenidos, que no pueden ser válidos para todas las mujeres norteamericanas, cuando menos para todas las mujeres en general.

Estas limitaciones, reconocidas por el propio Kinsey, y otras no menos indudables, son el primer punto que queremos comentar.

El profesor Kinsey no puede ignorar que ni los datos ni los hechos hacen ciencia. Ciencia es teoría, interpretación, esto es, aquello mismo de lo que Kinsey dice abstenerse, invocando su calidad de científico. Sólo incurriendo en el error de confundir información y ciencia se puede considerar como trabajo científico el libro de Kinsey. Por lo demás, éste no siempre ha cumplido su promesa, sino que más de una vez ha sacado deducciones —ya veremos cuáles— de los datos que ha recogido.

La verdad no es inmoral nunca, pero parece excesivo asegurar que ciencia y moral no tengan nada que ver entre sí. Esta dicotomía es un ejemplo más de una tendencia típica de nuestro tiempo, según la cual nada tiene relación con nada. Así es como se ha engendrado la idea de las «artes puras» y la práctica cada vez más arraigada de una rigurosa especialización científica. El resultado ha sido, como apuntó T. S. Eliot, que si hoy entre todos se sabe más que nunca, cada individuo, en particular, sabe menos.

Veamos cuál ha sido la formación de Kinsey: después de obtener en la Universidad de Harvard su doctorado en Biología, pasó una serie de años estudiando la vida de los insectos y en la Universidad de Indiana desempeñó la cátedra de Zoología. Un día empezó a interesarse particularmente por las cuestiones sexuales y en vez de analizar insectos decidió estudiar el ser humano. Es perfectamente comprensible que siendo Kinsey un naturalista, su punto de vista sobre el hombre apenas atendiera sino a lo que en él hay de ser animal.

Kinsey —incurriendo en una petición de principio— silogiza así: «El hombre es un animal; algunos animales hacen todas aquellas cosas que están condenadas en la sociedad moderna como perversas o anormales; como los animales son naturales, esta conducta es natural».

Son muchas las definiciones que en el curso de los siglos se han dado del hombre. Su complejidad escapa sin duda a las fórmulas que juzgan al ser humano como «animal político», «animal económico», «ser racional», «animal psicológico» o «animal histórico», pero todas estas definiciones son más universales que la de «animal» a secas, fórmula que, pareciendo la más general de todas, es la más parcial y limitada. Puestos a generalizar, casi podríamos decir lo contrario: que el hombre «no es un animal».

Las dos obras de Kinsey se titulan en su original: «The Sexual Behavior in the Human Male» y «The Sexual Behavior in the Human Female». Es decir, que el objeto de estudio no son el hombre y la mujer, sino meramente el macho y la hembra de la especie humana. Esta es, indudablemente, la más grave restricción de ambas obras. Su autor no es un psicólogo, pero como resulta imposible tratar del ser humano, haciendo caso omiso del alma, Kinsey no se ha contentado a su postura especializada de naturalista, y desde luego el lector medio no tendrá siempre presente que el tema de que se trata es simplemente la fisiología del animal masculino o femenino. ¿No hay, de hecho, una contradicción en los títulos escogidos por Kinsey? La idea misma de **conducta** implica la existencia de ciertas normas morales y racionales que no pueden afectar a la criatura animal. Los animales actúan, pero no **se conducen** propiamente de ninguna forma. **Conducirse** significa poner reflexión y responsabilidad en los actos.

La cuestión del método utilizado por Kinsey para obtener sus informes, ha suscitado igualmente numerosas críticas. ¿La cifra de 5.940 mujeres interrogadas es lo bastante alta para que las conclusiones sean significativas y dignas de confianza? Y pasando de la cantidad a la calidad: ¿Han sido esas 5.940 mujeres bien seleccionadas? Aparte de no cubrir equitativamente toda el área geográfica de Estados Unidos, hay en el número elegido una serie de exclusiones que invalidan notablemente el alcance y el valor de los datos. Ni las mujeres de más de 40 años, ni las de clases populares y rurales, ni las de religión judía o católica, ni aquellas cuya profesión es simplemente la de amas de casa, han sido interrogadas en proporción adecuada.

Todavía presenta dudas más serias la forma en que Kinsey y sus colaboradores han llevado a cabo sus interrogatorios. Todas las mujeres se han prestado a ellos voluntariamente. Muchas personas han preguntado hasta qué punto estas mujeres habrán confesado toda la verdad. A nuestro parecer, la pregunta no tiene mucho fundamento. Kinsey ha utilizado un sistema que le permitía comprobar si la mujer interrogada mentía u ocultaba algo. Según propias declaraciones, las mujeres han mostrado, en general, tanta franqueza como los hombres que le sirvieron para su primer informe. Nada más comprensible y natural: si a ninguna se le obligaba a prestarse al interrogatorio, si éste era siempre voluntario, ¿qué objeto ni qué sentido habría tenido mentir? Por esta parte, estamos dispuestos a otorgar a los datos suministrados por Kinsey toda fe y certidumbre. Pero todavía, y por lo mismo, subsiste una indisipable sospecha. Es cierto que la mujer norteamericana tiene una psicología **sui generis**, pero ¿a qué mujer, pongamos por caso, le complace confesar espontáneamente



al profesor Kinsey que ha sido adúltera? Unicamente —y no pretendemos gastar una broma— a la que, en efecto, lo ha sido. Estamos una vez más en presencia del tradicional círculo vicioso: la mujer capaz de declarar **motu proprio** a alguien —aunque éste alguien sea un profesor y la entrevista sea escrupulosamente científica y se guarde en secreto— que cometió un adulterio, ¿cómo no va a ser capaz de haberlo cometido realmente?

El norteamericano tiene una fe bien conocida en las estadísticas. Lo que aquí ha preocupado a la gente es saber si la cantidad y la calidad de las mujeres que han servido para proporcionar los datos permiten confiar en éstos, y si el método observado no se presta a objeciones. Concedamos que tanto el sistema como las cifras son correctos. Ahí tenemos ya unos números. Su único valor será el de haber aportado algunos materiales preliminares que, en unión de muchos otros de carácter distinto y más importantes, puedan llevarnos a una interpretación del problema sexual, que no es un problema de números, por matemáticos y exactos que sean.

En este punto es donde urge la cuestión de si ha sido o no conveniente dar a las investigaciones de Kinsey tanta publicidad. Tres semanas antes de publicar su libro, el autor anticipó un resumen en la prensa diaria, donde apareció con grandes titulares en primera plana. Algunos periódicos y revistas serios dieron cuenta de este resumen, con comentarios acertados y dignos. Por desgracia, los diarios sensacionalistas explotaron el filón y la comunicación científica descendió inmediatamente al nivel del chisme y la noticia barata. Se hizo una encuesta entre las «estrellas» de Hollywood y hasta entre las actrices de revista, para que dieran su opinión.

Siendo incompletos los datos, no yendo acompañados de la suficiente interpretación, constituyendo, en una palabra, una mera compilación de materiales por elaborar, ¿qué objeto serio ni constructivo puede haber tenido toda esa escandalosa publicidad?

¿Qué nuevos conocimientos aporta realmente sobre la cuestión sexual el libro de Kinsey? Es fuerza confesar que muy pocos, dando por supuesto que hayan sido comprobados científicamente. Casi lo único que viene a resultar es que algunas cifras corroboran lo que era bien sabido sin necesidad de ellas, mientras otras despiertan incredulidad y se aseveran como necesitadas de confirmación, mediante estudios más amplios. ¿Eran necesarias tantas cábalas y metemáticas para saber que actualmente las mujeres gozan en Estados Unidos —y en muchas otras partes— de más libertad que hace treinta o cuarenta años? ¿O qué la familia ha perdido bastante de la solidez que tuviera antaño? ¿O qué la falta de una recíproca comprensión física provoca el fracaso de muchos matrimonios?

No era de esperar que la confesión de unas pocas miles de mujeres norteamericanas pudiera aportar mucha nueva claridad sobre un tema tan antiguo como la humanidad misma. El informe del profesor Kinsey es de muy moderada importancia como documento científico, pero, en cambio, por la resonancia alcanzada, posee un gran valor como testimonio social.

En este aspecto queremos terminar haciendo algunas consideraciones. ¿Cuál es la situación actual de la ciencia norteamericana? Nada menos que 14 hombres de ciencia, debidamente subvencionados y disponiendo de facilidad de medios, han tardado quince años en interrogar a 5.940 mujeres, y todo lo que han hecho después es proporcionarnos unas estadísticas, dejando para el futuro su interpretación científica. Si la mera compilación de unos datos a todas luces insuficientes lleva todo ese tiempo y ese trabajo, fuerza es confesar que muchos científicos yanquis se dedican a perder el tiempo, o bien que en el fondo no distinguen entre un montón de ladrillos y un edificio.

Otra cosa: si es cierto que en los países que gozan de libertad sexual el tema del sexo no despierta curiosidad y que la pornografía florece particularmente donde hay freno a esa libertad, habrá que concluir, pese al informe de Kinsey, que en Estados Unidos no se es tan libre en este aspecto como suele creerse. Pues de lo que no cabe duda es de que todo el sensacionalismo perodístico provocado por las revelaciones del profesor de Indiana no se debe en general más que a la curiosidad morbosa del público.

El libro de Kinsey ha sido aclamado como obra feminista y ha habido alguna dama que ha asegurado que si Kinsey fuera candidato a la presidencia del país, contaría con el voto del 90 por ciento de las mujeres. Tales juicios dan una triste idea de lo que algunas norteamericanas consideran una defensa de su sexo. Lo único que he hecho Kinsey es poner de relieve que la mujer es sexualmente igual al hombre, que no hay ninguna diferencia esencial entre ambos sexos, lo cual puede que sea exacto, pero resulta extraño que pueda ser considerado como halagador por una mujer. En este país, donde la mujer compite ya con el hombre en todos los aspectos de la vida pública, esta nueva igualdad existente también en la vida privada, podrá parecer una galante apología del sexo débil, pero dudamos que opinen lo mismo las mujeres de otras partes.

A pesar de que Kinsey presume de haberse limitado a una objetiva presentación de hechos científicos, ya dijimos al comienzo de este artículo que más de una vez había faltado a la palabra dada. Así, aunque el aspecto moral de la conducta sexual quede fuera de su plan de estudio, su libro ofrece bastantes juicios y opiniones de índole ética. No vamos a analizarlos ahora, ni a mostrar las contradicciones en que, como en otros terrenos, incurre a veces. El profesor Kinsey protesta, y tiene razón, contra muchas leyes que no sólo son excesivamente rigurosas, sino faltas de realismo. Y es que ése es el gran problema para el cual la solución no depende de un libro de Kinsey ni de unos números: la justa armonía entre libertad y familia. La humanidad ha intentado en diversas ocasiones, substituir la organización familiar de la sociedad por alguna otra, pero, como el propio Kinsey reconoce: «Ninguno de esos esquemas ha demostrado ser una substitución satisfactoria del hogar, y la mayoría de ellos han sido de corta duración. La historia confirma la importancia de la familia».

ORESTE QUESADA



# Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

## TERCERA PARTE

### Periódicos y publicaciones anarquistas de la reiniciación de las actividades (de la «riprese») en 1944

262. «La Rivoluzione Libertaria». Órgano de los Grupos Libertarios de Italia Meridional. Bari. Es el primer periódico anarquista que se publica oficialmente en Italia. Aparece a partir del 30 de junio del 1944, en pequeño formato, en ocasiones a cuatro páginas, en otras a dos, a cuatro columnas. Se publica hasta el 16 de noviembre de 1944, pero este número, que es el último, aparece clandestinamente porque las autoridades «aliadas» no le conceden la autorización regular. Es así como este número lleva la indicación de «Italia, 16 de noviembre del 1944». Redactores: Giovanna Berneri y Césare Zaccaria. Redactor responsable: Pio Turróni.
263. «Il Risveglio Libertario». Periódico Anarquista. Nápoles. Número único dedicado a la memoria de Camilo Berneri. Editado por la «Alianza de los Grupos Libertarios». Mayo del 1945. 4 páginas a 6 columnas. Redactora: Giovanna Berneri.
264. «Volontà». Periódico anarquista. Nápoles. El primer número continúa con la numeración de «Rivoluzione Libertaria», de la que realmente es continuación, de la misma manera que el número único del «Risveglio Libertario». Comienza a publicarse el 1 de julio del 1945, en gran formato, a 8 columnas. A partir del número 18, correspondiente al 1 de diciembre del 1945 cambia de formato, reduciéndolo y así se publica hasta el 15 de mayo del 1946. Es interesantísimo. Redactores: Giovanna Berneri y Césare Zaccaria.
265. «Volontà», del Movimiento Anarquista Italiano. Revista mensual. Cesa la publicación de «Volontà» periódico para dar vida a la revista que tenía la intención de «reexaminar los clásicos del anarquismo, desde Godwin a Tucker, desde Proudhon a Kropotkin, de Bakunin a Tolstói para abandonar las páginas caducas»... Después de la publicación de un: «Programa di Lavoro» en enero del 1946, en 8 páginas en formato 16 x 13, aparece el primer número de la revista el 1 de julio del 1946, con 48 páginas, formato 21x16 y continúa apareciendo regularmente hasta la fecha: Año VII. Número 12. 15 de marzo 1954. Redactores: Giovanna Berneri y Césare Zaccaria. Colaboradores: P. C. Masini, Carlo Doglio, C. Levi, Ugo Fedeli, Tagliazuchi, Luce Fabbri, A. Prunier.
266. «La Libertà». Semanario de la Federación Comunista Libertaria. Livorno. A multicopista. Una hoja que aparece como Boletín Interno para los militantes de la Federación Livornesa. Aparecen dos números a partir del 13 de agosto del 1944.
267. «Il Comunista Libertario». Semanario. Órgano de la Federación Comunista Libertaria Lombarda. Milán. Después de haber publicado dos números clandestinos en el 1944 y principios del 1945, reinicia su publicación regular, a partir del número 3, después de la caída del fascismo, con fecha 18 de mayo del 1945. En su cabecera lleva esta frase: «La libertad es un bien, que se aprecia cuando se ha perdido». Aparecen algunos números a cuatro páginas en pequeño formato. A partir del número 11, correspondiente al 12 de agosto del 1945 aparece en una sola hoja a gran formato, con la cabecera completamente modificada en la que resalta en grandes caracteres la palabra «Libertario». En el número 17, del 13 de octubre del 1945 modifica completamente el título convirtiéndose en:
268. «Il Libertario». Semanario Anarquista (F.A.I.). Milán. Se ocupa sobre todo de problemas de carácter práctico e inmediato y subraya la necesidad de extender las actividades al terreno de las luchas obreras. En el 1952 suspende su publicación durante algunos meses. Aparece un número especial con motivo del Congreso Nacional de Civitavecchia, en marzo del 1953 (año IX, núm. 28, 16 de marzo del 1953). Reemprende su publicación regular después del Congreso de Civitavecchia y la continúa en la actualidad (marzo 1954). Redactor: Mario Montovani. (M.M.). Colaboradores: Monny (Monanni), U. Marzocchi, Ugo Fedeli, Tholozan, A. Vella, G. Leval, Bettica, P. C. Masini, etc.
269. «Umanità Nova». Periódico anarquista. Edición semanal. Roma. Es uno de los primeros periódicos de Italia que logra aparecer con regularidad. Inicia su reaparición el 11 de diciembre del 1944 y continúa la numeración del antiguo diario: año IV, número 345. Como subtítulo lleva la indicación de «Editado por la Federación Comunista Libertaria Lazio». Primeros redactores: Anselmo Preziosi y G. Porreca. Aparece en una hoja a gran formato, a ocho columnas. Después del Congreso Anarquista de Carrara, realizado en septiembre de 1945, modifica durante cierto tiempo su subtítulo que aparece así: «Periódico de la Federación Anarquista Italiana. (F.A.I.) Año XXV. Núm. 37. Redactor: Ciccirelli. Pero al volver Gigi Damiani a Italia, a principios de 1946, teniendo en cuenta que ya había sido redactor de «Umanità Nova» diario, se le confía la dirección del periódico. A fines de 1946, aparece a cuatro páginas y en octubre modifica de nuevo su subtítulo, adoptando el de «Periódico del Movimiento Anarquista», y a partir de marzo de 1947, lleva simplemente: «Semanario Anarquista». Alternan en la redacción, junto a Gigi Damiani: C. Carbonaro, Pier Carlo Massini, luego Umberto Cosiglio y después del Congreso de Civitavecchia, en 1953, se agrega Armando Borghi, a su vuelta de América. Continúa apareciendo hoy y es el órgano más importante del movimiento anarquista italiano.
- En tanto que «Il Libertario», de Milán, se ocupa de una manera particular en la penetración entre las capas obreras y desarrolla una actividad más popular, «Umanità Nova» trata cuestiones teóricas y todo lo que concierne a la marcha y desarrollo de las actividades del movimiento anarquista italiano en general. Colaboradores: G. Mariano, A. Paolinelli, Ugo Fedeli, Riccardo Sacconi, etc.

Ugo FEDELI

(Continuará.)

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU. Toulouse (Hte-Gne.)



**POETAS**  
*de Ayer y de Hoy*

**MANANTIAL**

¿Desde qué oscura soledad lejana  
viene tu larga voz cantando  
un limpio amanecer incontenible?

Eres espejo, ejemplo  
de ansia convertida  
en libertad tangible y verdadera.

Pura luz ofrecida  
en frescor y canción. Agua remota  
hermana de la sed de cada cosa:  
labios, raíces, tierra.

Mi corazón admira,  
inalterable manantial amigo,  
esa bondad constante de tu vida.

**ARIBOL**

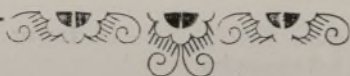
Libertad, la del árbol, hacia arriba.  
Vertical crecimiento casi humano.  
Sueño de luz que se realiza íntegro  
ofrecido a los vientos y a los pájaros.

Libertad, la del árbol, hacia arriba.  
Ser bosque siendo árbol.  
La libertad se crea, como la vida.  
Vida y canción son un destino de árbol.

Libertad, la del árbol, hacia arriba.  
Ser y soñar espacio  
desde las tercas raíces.  
Es la segura libertad del árbol.

B. MILLA.

1950.





# HA SALIDO EL III TOMO DE "La C. N. T. en la Revolución española"

por José PEIRATS

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C. N. T. en la Revolución Española», libro escrito con profundo objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el III tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, ya puesto a la venta.

Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incautación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — Los libertarios en la guerra.

Capítulo XXXV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXVI. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVII. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVIII. — El último baluarte.

Capítulo XXXIX. — ¡Ay del vencido!

Precio del volumen: 750 francos. Diez por ciento de descuento a partir del pedido de 5 ejemplares.

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

